

Marcel Schwob

EL LIBRO DE MONELLE

VERSIÓN COMPLETA

**Prólogo y traducción
Ariel Dilon**

longseller

El libro de Monelle

TÍTULO ORIGINAL: *Le livre de Monelle*

© Longseller, 2005

GERENCIA DE EDICIÓN: Diego F. Barros

EDITORIA: Diana Blumenfeld

DIVISIÓN ARTE LONGSELLER

DIRECCIÓN DE ARTE: Adriana Llano

COORDINACIÓN GENERAL: Marcela Rossi

DISEÑO: Javier Saboredo / Diego Schtutman / Laura Pessagno

DIAGRAMACIÓN: Santiago Causa / Mariela Camodeca / Constanza Gibaut

Imagen de Tapa: *El encanto del amor*, maestro de Baja Renania, siglo XV.

Longseller S.A.

Casa matriz: Avda. San Juan 777

(C1147AAF) Buenos Aires

República Argentina

Internet: www.longseller.com.ar

E-mail: ventas@longseller.com.ar

Schwob, Marcel

El libro de Monelle - 1° ed. - Buenos Aires: Longseller, 2005

208 pp.-; 18x11 cm (Clásicos de Siempre. Relatos y Novelas)

Traducción de Ariel Dilon

ISBN 987-550-550-1

1. Narrativa Francesa. I. Dilon, Ariel, trad. Título

CDD 843

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Libro editado e impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

La fotocopia mata al libro y es un delito.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta edición de 4.000 ejemplares se terminó de imprimir en la Planta Industrial de Longseller S.A., Buenos Aires, República Argentina, en enero de 2005.

Prólogo

Evangelio de inocencia y piedad

Marcel Schwob fue un lector de una curiosidad y de una erudición inmensas; periodista y cronista de talento, traductor ambicioso, maestro de la prosa simbolista, alcanzó renombre gracias a sus colecciones de cuentos (Corazón doble, El rey de la máscara de oro, La cruzada de los niños). Su vena fantástica se mezcla con una preferencia por los marginales de la historia, en una escritura límpida, elegante y precisa cargada de un fino humor y de una esencial compasión. Poco antes de 1891, conoció a la joven Louise, una trabajadora de espíritu infantil, que vivía de manera más que humilde y que, en ocasiones, había practicado la prostitución. El 17 de marzo de ese año, Schwob le cuenta a su amigo Jules Renard, y este consigna en su diario: "Tengo por amante a una verdadera niña, que es algo salvaje, pero de una manera muy adorable". Louise estaba minada por la tuberculosis; Schwob cuidó de ella con devoción, pero la muchacha murió el 7 de diciembre de 1893. Tenía veinticinco años, es decir, apenas era más joven que el propio escritor: el definirla como una niña responde más a una apreciación del carácter que a la condición real de la joven. La muerte de Louise lo había arrasado. El 30 de mayo de 1894, Renard anota en su diario: "Y a nosotros, egoístas, nos fastidiaba esa manera de sufrir durante tanto tiempo a causa de una difunta". Signos estos de que el amor por Louise había sido en Schwob una experiencia definitiva, una experiencia sin retorno. Apenas unos meses después, en el verano de 1894, se publica por primera vez El libro de Monelle, texto inclasificable, suerte de evangelio de inocencia y de piedad, al mismo tiempo que manifiesto de un nihilismo absoluto, que combina cuentos ("Las hermanas de Monelle"), aforismos y poemas en prosa. El libro es un reflejo del clima anarquista de la época -que tuvo otro alto exponente literario en la obra de Alfred Jarry, discípulo confeso de Schwob -pero, sobre todo, del genio del escritor para convertir en sustancia estética los materiales del dolor, de la marginalidad y del desamparo.

Muchas premisas concurren en la redacción de El libro de Monelle. Aun cuando la impronta del dolor real por la pérdida de Louise estuviese todavía grabada en su conciencia, Schwob se despega de su caso y lo sublima a través de Monelle, alma del libro, de quien hace el autor una auténtica niña de no más de doce años. Su desamparo y su lucidez extienden un manto de fraternidad infantil sobre las "pequeñas prostitutas", como Louise misma y como los personajes de la literatura que invoca en sus primeras páginas: las heroínas "deshonradas" de Dostoievski, la figura femenina de Ann en las Confesiones de Thomas de Quincey, la prostituta de una página del diario de juventud de Napoleón Bonaparte.

Pero ni Monelle ni sus hermanas -que protagonizan los cuentos de la segunda sección- ejercen la prostitución. Son, sí, niñas de una marginalidad social o espiritual patente, que no se amoldan a los designios de una sociedad en la que el trabajo y la pérdida de la inocencia son de alguna manera sinónimos. Estos niños se resisten a ser expulsados del Edén infantil en el que el trabajo no existe, en el que el tiempo no pasa,

en el que el misterio de la existencia está todavía intacto, visible, y es lo que domina sus vidas. La primera sección, "Palabras de Monelle", es un verdadero manual de anarquismo, escrito en el estilo aforístico de los textos sapienciales.*

Mucho de lo que dice Monelle allí podría leerse como un credo estético, un manifiesto del arte del caos que anticiparon el propio Schwob y Jarry, y que tiene sus antecedentes en Arthur Rimbaud, Henry de Launtraumont, Charles Baudelaire, y mucho antes, Francois Rabelais y Francois Villon, a quien tanto admiró Schwob. Monelle celebra el culto del instante, enseña a destruir lo pasado, instrucción que podría corresponder al budismo o al taoísmo, pero que al mismo tiempo sirve como invitación a quemar las formas anquilosadas de un arte perimido. La sección final del libro retoma ese tono profético y desgarrado que mezcla hedonismo, crueldad y piedad. Allí una secta de niños alucinados, como la de La cruzada de los niños -obra que Schwob escribió en 1896- guiados por una Monelle resurrecta, deambula por la tierra preconizando el olvido y la inocencia perpetua. El narrador terminará por apartarse, en el último párrafo, de ese mandato terrible, al comprender, tal vez, que en lo efímero de la niñez está su mismo encanto. La sección media del libro está ocupada por once cuentos protagonizados por niñas, donde Schwob, liberado del tañido de la voz profética de Monelle, hace gala de toda su sensibilidad, de su humor y de la sutileza de su prosa para retratar justamente lo efímero de esas niñas en las que toda la riqueza y la contradicción de lo humano están ya presentes, dominando sus caracteres agridulces, como se aprecia en las fotografías de niñas de Lewis Carroll, el autor de Alicia en el país de las maravillas.

Marcel Schwob es un punto de inflexión entre la literatura clásica y la moderna: él abreva en los tesoros de la literatura antigua y medieval, en las crónicas y las gestas anglosajonas y europeas, y a la vez ilumina los caminos de escritores más jóvenes, como André Gide, Paul Valéry, Paul Claudel, el propio Jarry.

En 1896, dos años después de Monelle, publica dos de sus libros más célebres: Espicilegio, colección de sus principales crónicas, y Vidas imaginarias, veintidós retratos de destinos singulares, desde Empédocles hasta los asesinos ingleses Burke y Haré. Schwob, ya célebre, pero enfermo desde la juventud a consecuencia del uso de drogas como el opio y el éter, en el final de su vida emprendió un viaje por mar, siguiendo la ruta de su admirado Robert Louis Stevenson.

De regreso en París, trabajó en un ambicioso proyecto sobre Francois Villon, cuando lo sorprende la muerte en 1905 (sólo dos años antes que Jarry), a la edad de treinta y siete años.

Su influencia literaria es enorme y mal conocida. Es la inspiración indiscutible del genio de Guillaume Apollinaire, es reconocible en André Bretón y los surrealistas, en Antonin Artaud (Heliogábalo), en Michel Leiris (Aurora).

Pero el más ilustre de sus discípulos es argentino: lector de Schwob a los veinte años, Borges reconoció tardíamente su deuda decisiva hacia los modos de creación, de reflexión estética y filosófica del escritor francés, que están difundidos en toda su obra.

* Grupo de cinco libros bíblicos (Proverbios, Job, Eclesiastés, Eclesiástico y Sabiduría), colección de máximas, sentencias y poemas morales de la sabiduría oriental (El libro de la Sabiduría fue escrito por Salomón).

Y todo esto, muy claramente en Historia universal de la infamia, que debe mucho a Vidas imaginarias. Antes de morir en Ginebra en 1986, Borges se hizo leer nuevamente el ensayo de Rémy de Gourmont consagrado a Schwob. La brevedad de la vida de Schwob pudo haberle inspirado al escritor argentino esta frase: "La vida es demasiado pobre para no ser, también, inmortal".

-Ariel Dilon*

* Escritor, traductor y periodista. Ha traducido a Dumas, Twain, Radiguet, Jarry, Schwob, Derrida, Genette, Balzac y Shakespeare, entre otros. Es autor del libro Vladimir Nabokov y las lecciones de literatura (Campo de ideas, Madrid, 2004). Ejerce el periodismo cultural y la crítica en diversos medios de prensa sudamericanos.

EL LIBRO DE MONELLE

I
**PALABRAS DE
MONELLE**

Monelle me halló en el páramo en donde yo erraba y me tomó de la mano.

—No debes sorprenderte —dijo—, soy yo y no soy yo.

Volverás a encontrarme y me perderás;

Regresaré una vez más entre los tuyos; pues pocos hombres me han visto y ninguno me ha comprendido;

Y me olvidarás, y me reconocerás, y me olvidarás.

Y Monelle dijo: Te hablaré de las pequeñas prostitutas, y conocerás el comienzo.

A los dieciocho años, Bonaparte el asesino se encontró a una pequeña prostituta bajo las puertas de hierro del Palais Royal. Tenía el semblante pálido y temblaba de frío. Pero "había que vivir", dijo. Ni tú ni yo conocemos el nombre de aquella pequeña que Bonaparte llevó a su cuarto del hotel de Cherbourg, en una noche de noviembre. Ella era de Nantes, en Bretaña. Estaba débil y cansada, su amante la había abandonado. Era simple y buena; un sonido muy dulce tenía su voz: de todo eso se acordó Bonaparte. Y pienso que después el recuerdo del sonido de su voz lo emocionó hasta las lágrimas, y que la buscó largo tiempo en las noches de invierno, pero no volvió a verla jamás.

Pues tienes que saber que las pequeñas prostitutas no salen más que una vez de la muchedumbre nocturna por una tarea de bondad. La pobre Anne se acercó a Thomas de Quincey, el comedor de opio, que desfallecía en Oxford Street bajo las grandes lámparas de aceite. Húmedos sus ojos, ella le acercó a los labios un vaso de vino dulce, lo abrazó y lo mimó. Después se sumió otra vez en la noche. Quizá murió al poco tiempo. Tosía, dice De Quincey, la última noche que la vi. Tal vez vagaba todavía por las calles; no obstante la pasión de su búsqueda, y por mucho que soportó las risas de aquellos a quienes se dirigía, Anne se había perdido para siempre. Cuando tuvo más tarde una casa caliente, a menudo pensó, entre lágrimas, que la pobre Anne habría podido vivir allí a su lado; en lugar de ello se la representaba enferma, o moribunda, o desamparada, en la insondable negrura de un burdel londinense, y se había llevado consigo todo la amorosa piedad de su corazón.

Mira, ellas profieren un grito de compasión por ustedes, y les acarician la mano con su mano descarnada. No los comprenden a menos que sean muy desdichados; lloran con ustedes y los consuelan. La pequeña Nelly vino hacia el convicto Dostoievski desde su casa abyecta; desahuciada de fiebre, lo miró largo rato con sus grandes y negros ojos trémulos. La pequeña Sonia (existió, como todas las otras) abrazó al asesino Rodión después de la confesión de su crimen: "¡Usted está perdido!", dijo con un acento desesperado. Y de pronto se alzó para arrojarse a su cuello y abrazarlo... "¡No, no hay ahora mismo sobre la tierra un hombre más desgraciado que tú!", gimió en un arranque de piedad, y estalló de repente en sollozos.

Como Anne y como aquella que carece de nombre y se acercó al joven y triste Bonaparte, la pequeña Nelly se hundió en la niebla. Qué fue de la pequeña Sonia, pálida y descarnada, Dostoievski no lo ha dicho. Ni tú ni yo sabemos si pudo ayudar a Raskolnikov hasta el final en su expiación. Yo no lo creo. Se fue muy dulcemente entre sus brazos, tras demasiado sufrir y demasiado amar.

Ninguna de ellas, debes saberlo, puede quedarse con ustedes. Estarían demasiado tristes y les da vergüenza quedarse. Cuando ustedes ya no lloran, ellas no se atreven a mirarlos. Les enseñan la lección que han de enseñarles, y se van. Vienen a través del

frío y la lluvia a besarlos en la frente y enjugar sus ojos y las horribles tinieblas vuelven a atraparlas. Pues deben tal vez irse a otra parte.

Ustedes no las conocen sino mientras ellas los compadecen. No hay que pensar otra cosa. No hay que pensar en lo que ellas han podido hacer en las tinieblas. Nelly en la horrible casa, Sonia borracha en un banco del bulevar, Anne devolviendo el vaso vacío al tabernero en una calleja oscura tal vez fueran crueles, obscenas. Son criaturas de carne. Han salido de un sombrío callejón para dar un beso bajo la lámpara encendida de la calle. En ese momento eran divinas.

Todo lo demás hay que olvidarlo.

Monelle guardó silencio y me miró: Yo he salido de la noche, dijo, y a ella regresaré. Porque yo también soy una pequeña prostituta.

Y Monelle dijo:

Tengo piedad de ti, tengo piedad de ti, amado mío.

Sin embargo, volveré a entrar en la noche; pues es preciso que me pierdas, antes de recobrarne. Y si me recuperas, otra vez escaparé de ti.

Porque soy la que está sola.

Y Monelle dijo:

Debido a que estoy sola, me darás el nombre de Monelle. Pero tendrás presente que tengo todos los otros nombres.

Y soy esta y aquella, y la que no tiene nombre.

Y te llevaré entre mis hermanas, que son yo misma, y se asemejan a prostitutas sin inteligencia;

Y las verás atormentadas de egoísmo, de voluptuosidad, de crueldad y de orgullo, de paciencia y piedad, pues no se han hallado todavía;

Y las verás ir a buscarse a lo lejos;

Y tú mismo me encontrarás y yo me encontraré a mí misma; y me perderás y te perderé.

Pues soy la que se ha perdido no bien es encontrada.

Y Monelle dijo:

Ese día una mujercita te tocará con su mano y huirá;

Porque todas las cosas son fugitivas; pero Monelle es la más fugitiva de todas.

Y antes de que vuelvas a encontrarme, en este páramo te enseñaré y tú escribirás el libro de Monelle.

Y Monelle me tendió una tablilla ahuecada en la que ardía una brizna rosada.

—Toma esta antorcha —dijo— y quema. Quema todo sobre la tierra y en el cielo. Y quiebra la tablilla y apágala cuando todo esté quemado, pues nada debe ser transmitido;

A fin de que seas el segundo nartecóforo y que destruyas por el fuego y que el fuego descendido del cielo vuelva a ascender al cielo.

Y Monelle dijo: Te hablaré de la destrucción.

Esa es la palabra: Destruye, destruye, destruye. Destruye en ti mismo y a tu

alrededor. Haz lugar para tu alma y para las otras almas.

Destruye todo bien y todo mal. Los escombros son semejantes.

Destruye los antiguos domicilios de hombres y los antiguos domicilios de almas; las cosas muertas son espejos que deforman.

Destruye, porque toda creación procede de la destrucción.

Y para la bondad superior hay que aniquilar la bondad inferior. Y así el nuevo bien se presenta saturado de mal.

Y para imaginar un nuevo arte, hay que quebrantar el arte antiguo. Y así el arte nuevo parece una suerte de iconoclastia.

Porque toda construcción está hecha de vestigios, y en este mundo no hay nada nuevo excepto las formas.

Y Monelle dijo: Te hablaré de la formación.

El deseo mismo de lo nuevo no es sino la ambición del alma que anhela formarse.

Y las almas rechazan las formas antiguas, lo mismo que las serpientes su antigua piel.

Y los pacientes recolectores de viejas pieles de serpiente afligen a las jóvenes serpientes porque poseen un poder mágico sobre ellas.

Porque aquel que detenta las antiguas pieles de serpiente impide a las jóvenes serpientes transformarse.

Es por eso que las serpientes desollan sus cuerpos en el verde socavón de una profunda espesura; y una vez al año se reúnen las jóvenes en círculo y queman las viejas pieles.

Parécete, pues, a las estaciones destructoras y formadoras.

Construye tú mismo tu casa y quémala tú mismo.

No arrojes escombros a tus espaldas; que cada uno se valga de sus propios despojos.

No construyas jamás en la noche pasada. Deja que tus edificios escapen a la deriva.

Contempla nuevos edificios en los más mínimos impulsos de tu alma.

Para todo deseo nuevo, engendra dioses nuevos.

Y Monelle dijo: Te hablaré de los dioses.

Deja morir a los dioses antiguos; no te quedes sentado, como una plañidera al lado de sus tumbas;

Porque los antiguos dioses se levantan de sus sepulcros;

Y no protejas a los dioses jóvenes envolviéndolos en cintas;

Que todo dios se alce, no bien creado;

Que toda creación perezca, no bien creada;

Que el viejo dios ofrezca su creación al dios joven para que sea triturada por él;

Que todo dios sea dios del momento.

Y Monelle dijo: Te hablaré de los momentos.

Mira todas las cosas bajo el aspecto del momento.

Deja ir tu yo a merced del momento.

Piensa en el momento. Todo pensamiento que perdura es contradicción.
Ama el momento. Todo amor que perdura es odio.
Sé sincero con el momento. Toda sinceridad que perdura es mentira.
Sé justa para con el momento. Toda justicia que perdura es injusticia.
Actúa para con el momento. Toda acción que perdura es un reino muerto.
Sé feliz con el momento. Toda felicidad que perdura es desventura.
Ten respeto por todos los momentos, y no tiendas lazos entre las cosas.
No retrases el momento: extenuarías una agonía.
Observa: todo momento es una cuna y un ataúd: que toda vida y toda muerte te resulten extrañas y nuevas.

Y Monelle dijo: Te hablaré de la vida y de la muerte.

Los momentos se asemejan a bastones mitad blancos y mitad negros;
No arregles tu vida mediante dibujos hechos con las mitades blancas. Pues de inmediato topará los dibujos con las mitades negras;
Que cada negrura esté transida de la espera de la blancura futura.
No digas: vivo ahora, moriré mañana. No partas la realidad entre vida y muerte. Di: ahora vivo y muero.
Escancia en cada momento la totalidad positiva y negativa de las cosas.
La rosa del otoño prevalece una estación; cada mañana se abre; todas las noches se cierra.
Aseméjate a las rosas: ofrece tus hojas al arrebató de las voluptuosidades, al pisoteo de los dolores.
Que en ti todo éxtasis esté moribundo, que toda voluptuosidad aspire a la muerte.
Que todo dolor pase por ti como un insecto que ha de levantar el vuelo. No te cierres sobre el insecto que carcome. No te enamores de esos cárbos negros. Que todo gozo pase por ti como un insecto que ha de levantar el vuelo. No te cierres sobre el insecto que succiona. No te enamores de esas cetonias doradas.
Que toda inteligencia centellee y se apague en ti en el lapso de un relámpago.
Que tu dicha se divida en fulguraciones. Así tu parte de gozo será igual a la de los otros.
Ten del universo una contemplación de atomista.
No te resistas a la naturaleza. No apoyes contra las cosas los pies de tu alma. Que tu alma no dé vuelta la cara como el niño malo.
Anda en paz con la luz roja de la mañana y el resplandor gris del anochecer. Sé el alba mezclada al ocaso.
Mezcla la vida con la muerte y divídelas en momentos.
No esperes la muerte: ella está en ti. Sé su camarada y tenia contra ti; es como tú mismo.
Muere de tu muerte; no codicies las muertes antiguas. Varía los géneros de muerte con los géneros de vida.
Ten por viva toda cosa incierta, y toda cosa segura, por muerta.

Y Monelle dijo: Te hablaré de las cosas muertas.

Quema cuidadosamente a los muertos, y desparrama sus cenizas a los cuatro vientos del cielo.

Quema cuidadosamente las acciones pasadas, y apisona las cenizas; pues el fénix que renacería de ellas sería el mismo. No juegues con los muertos y no acaricies sus rostros. No te rías de ellos y no llores sobre ellos: olvídalos.

No te fíes de las cosas pasadas. No te ocupes para nada en construir bellos ataúdes para los momentos pasados: piensa en matar los momentos porvenir.

Desconfía de todos los cadáveres.

No abrace a los muertos: ellos asfixian a los vivos.

Consagra a las cosas muertas el respeto que se debe a las piedras de construcción.

No manches tus manos en la extensión de las líneas gastadas. Purifica tus dedos en aguas nuevas.

Respira el hálito de tu boca y no aspire los alientos muertos.

No contemples las vidas pasadas más que tu vida pasada. No colecciones sobres vacíos.

No llores en ningún cementerio. Los muertos producen pestilencia.

Y Monelle dijo: Te hablaré de tus acciones.

Que toda copa de barro transmitida se pulverice entre tus manos. Rompe toda copa en la que hayas bebido.

Sopla sobre la lámpara de vida que el corredor te alcanza. Pues toda lámpara antigua hace humo.

No te legues nada a ti mismo, ni placer, ni dolor.

No seas esclavo de ninguna vestimenta, ni de alma ni de cuerpo.

No golpees nunca con la misma cara de la mano.

No te contemples en la muerte; deja ir tu imagen en el agua que corre.

Huye de las ruinas y no llores en medio de ellas.

Cuando por la noche te quites tus ropas, desvístete de tu alma de la jornada; desnúdate en todos los momentos.

Toda satisfacción te parecerá mortal. Azótala de antemano.

No digieras los días pasados: nútrete de las cosas futuras.

No confieses las cosas pasadas, porque están muertas; confiesa ante ti las cosas futuras.

No descieras a recoger las flores junto al camino; conténtate con toda apariencia. Pero abandona la apariencia, y no te vuelvas.

Nunca te vuelvas: detrás de ti llega el jadeo de las llamas de Sodoma, y mudarías en estatua de lágrimas petrificadas.

No mires detrás de ti. No mires demasiado adelante. Si miras en ti, que todo sea blanco.

No te sorprendas de nada por la comparación del recuerdo, sorpréndete de todo por la novedad de la ignorancia.

Sopréndete de todo; pues todo es diferente en la vida y semejante en la muerte.

Construye en las diferencias; destruye en las similitudes.

No te dirijas hacia permanencias; no están ni en la tierra ni en el cielo.

Siendo la razón permanente, tú la destruirás, y dejarás que tu sensibilidad se transforme.

No tengas miedo de contradecirte: no existe contradicción en el momento.

No ames tu dolor; pues no durará.

Considera tus uñas que crecen, y las pequeñas escamas de tu piel que caen.

Sé olvidadizo de todo.

Con un punzón acerado te ocuparás de matar pacientemente tus recuerdos, tal como el antiguo emperador mataba las moscas.

No hagas durar tu felicidad por el recuerdo hasta el porvenir.

No te acuerdes y no preveas.

No digas: trabajo para adquirir; trabajo para olvidar. Sé olvidadizo de la adquisición y del trabajo.

Álzate contra todo trabajo; contra toda actividad que exceda el momento, álzate.

Que tu marcha no vaya de un lado a otro; porque no existe tal cosa; pero que cada uno de tus pasos sea una proyección restablecida.

Borrarás con tu pie izquierdo la huella de tu pie derecho.

Desconócete a ti mismo.

No te preocupes por tu libertad: olvídate de ti mismo.

Y Monelle dijo: Te hablaré de mis palabras.

Las palabras son palabras mientras son dichas.

Las palabras conservadas están muertas y producen pestilencia.

Escucha mis palabras habladas y no actúes de acuerdo con mis palabras escritas.

Después de hablar así en el páramo, Monelle calló y se puso triste: porque debía sumirse otra vez en la noche.

Y de lejos me dijo: Olvídame y te seré restituida.

Miré por la planicie, y vi alzarse a las hermanas de Monelle.

II
LAS HERMANAS DE
MONELLE

LA EGOÍSTA

Por el pequeño cerco que rodeaba la casa de enseñanza gris en lo alto del acantilado, se tendió un brazo infantil con un paquete atado con un lacito rosa.

–Primero toma esto –dijo una voz de niña–. Cuidado: puede romperse. Después ayúdame.

Una fina lluvia caía monótonamente sobre las cavidades de la roca, la caleta profunda, y cribaba el remolino de las olas al pie del acantilado. El grumete que espiaba en la cerca se asomó y dijo en voz baja:

–Pasa, vamos, apúrate.

La niña gritó:

–¡No, no, no! No puedo. Hay que esconder mi paquete; quiero llevarme mis cosas. ¡Egoísta, egoísta! ¡Si ves que me estoy mojando!

El grumete ladeó la boca y empuñó el paquetito. El papel empapado reventó y por el barro rodaron triángulos de seda amarilla y violeta cuajados de flores, cintitas de terciopelo, un pequeño pantalón de muñeca en tela de batista, un corazón de oro hueco con una bisagra, y un carretel nuevo de hilo rojo. La niña pasó por encima del cerco; se pinchó las manos en las ramitas duras, y sus labios temblaron.

–Mira qué terco eres –dijo–. Todas mis cosas se arruinaron.

Su nariz se alzó, sus cejas se acercaron una a la otra, su boca se distendió y se puso a llorar:

–Déjame, déjame. Ya no quiero nada contigo. Vete. Me haces llorar. Voy a regresar con Mademoiselle.

Después recogió sus cosas tristemente.

–Mi lindo carretel se ha perdido –dijo–. ¡Y yo que quería bordar el vestido de Lili!

Por el bolsillo horriblemente abierto de su falda corta se veía una cabecita regular de porcelana, con una extraordinaria pelambre de cabellos rubios.

–Ven –le susurró el grumete–. Estoy seguro de que tu Mademoiselle ya te busca.

Ella se dejó llevar secándose los ojos con el reverso de una manito manchada de tinta.

–¿Y qué, esta mañana? –preguntó el grumete–. Ayer ya no querías.

–Me pegó con su palo de escoba –dijo la niña apretando los labios–. Golpeada y encerrada en el armario del carbón, con las arañas y los bichos. Cuando vuelva, pondré la escoba en su cama, quemaré su casa con el carbón y la mataré con sus tijeras. Sí. (Y puso una trompa.) ¡Oh! llévame lejos, que no la vuelva a ver más. Tengo miedo de su nariz apretada y de sus quevedos. Me vengué muy bien antes de irme. Imagínate que ella tenía el retrato de su papá y de su mamá dentro de unas cosas de terciopelo, sobre la chimenea. Unos viejos; no como mi mamá. No te imaginas. Los embadurné con sal de acederas. Estarán espantosos, bien hecho. Al menos podrías responderme.

El grumete alzó los ojos hacia el mar. Estaba sombrío y brumoso. Una cortina de lluvia velaba toda la bahía. Ya no se veían los escollos ni las balizas. Por momentos la mortaja de humedad tejida con gotitas fugaces se abría sobre manojos de algas negras.

–No se podrá caminar esta noche –dijo el grumete–. Habrá que meterse en la casilla

de la aduana, en esa donde hay heno.

–¡No quiero, está sucio! –gritó la niña.

–De todos modos –dijo el grumete–. ¿O tienes ganas de volver a ver a tu Mademoiselle?

–¡Egoísta! –dijo la niña, que estalló en sollozos–. Yo no sabía que eras así. ¡Si hubiese sabido, Dios mío! ¡y yo que no te conocía!

–No tenías más que quedarte. ¿Quién fue la que me llamó, la otra mañana, cuando yo pasaba por la ruta?

–¿Yo? ¡Ah, el mentiroso! No habría partido si no me lo hubieses dicho. Te tenía miedo. Me quiero ir. No me quiero acostar en el heno. Quiero mi cama.

–Eres libre –dijo el grumete.

Ella siguió caminando, se alzaba de hombros. Tras unos instantes:

–Si quiero ir –dijo–, es únicamente porque estoy mojada.

La casilla se mantenía sobre la pendiente del mar, y las briznas de paja plantadas en la tierra del techo chorreaban silenciosamente. Empujaron la tabla de la entrada. En el fondo había una suerte de habitación, hecha con tapas de cajas y llena de heno.

La niña se sentó. El grumete le envolvió los pies y las piernas con hierba seca.

–Pica –dijo ella.

–Te calentará –dijo el grumete.

Se sentó cerca de la puerta a vigilar el tiempo. La humedad lo hacía tiritar ligeramente.

–¡Ni siquiera tienes frío! –dijo la niña–. ¡Te enfermarás, y yo qué voy a hacer!

El grumete sacudió la cabeza. Se quedaron sin hablar. A pesar del cielo cubierto se advertía el crepúsculo.

–Tengo hambre –dijo la niña–. Esta noche hay pato asado con castañas en lo de Mademoiselle. ¡Oh, no has pensado en nada! Yo había traído unos pasteles. Están hechos papilla. ¡Mira!

Extendió la mano. Sus dedos estaban pegados en una sopa de pan helada.

–Voy a buscar cangrejos –dijo el grumete–. Hay muchos en la punta de las Piedras Negras. Tomaré la barca de la aduana, allá abajo.

–Tendré miedo, completamente sola.

–¿No quieres comer?

Ella no contestó nada.

El grumete se sacudió las ramitas pegadas a su marinera y se deslizó al exterior. Lo envolvió la lluvia gris. Ella oyó sus pasos succionados en el barro.

Después hubo unas ráfagas, y el gran silencio ritmado del chaparrón. Sobrevinieron las sombras, más intensas y tristes. En casa de Mademoiselle la hora de la cena ya había pasado. La hora de acostarse había pasado. Allá, bajo las lámparas de aceite suspendidas, todo el mundo dormía en las camas blancas arropadas. Algunas gaviotas pregonaron la tempestad. El viento se arremolinó y las olas detonaron en los grandes orificios del acantilado. En espera de su cena la niña se durmió, y después se despertó. El grumete debía estar jugando con los cangrejos. ¡Qué egoísta! Ella sabía que los barcos flotan siempre en el agua. La gente se ahoga cuando no tiene barco.

"Ya aprenderá cuando vea que duermo", se dijo. "No le responderé ni una palabra,

haré de cuenta. Se lo tendrá merecido".

Hacia la mitad de la noche, se encontró bajo la llama de una linterna. Un hombre con un gabán puntiagudo acababa de descubrirla, acurrucada como un ratón. Su rostro resplandecía de agua y de luz...

–¿Dónde está el bote? –dijo. Ella exclamó, despechada:

–¡Ah! ¡Estaba segura! ¡No me encontró cangrejos y extravió el barco!

LA VOLUPTUOSA

Es terrible esta cosa, dijo la niña, porque sangra sangre blanca.

Con sus uñas hacía incisiones en las cabezas verdes de las adormideras. Su pequeño compañero la miraba apaciblemente. Habían jugado a los bandoleros entre los castaños, bombardeado las rosas con castañas tiernas, arrebatado el capuchón a las bellotas nuevas, soltado al gatito que maullaba sobre las tablas de la empalizada. El fondo del jardín oscuro, donde se alzaba un árbol ahorquillado, había sido la isla de Robinson. Una roseta de regadera había servido de caracola guerrera para el ataque a los salvajes. Hierbas de cabeza larga y negra, tomadas prisioneras, habían sido decapitadas. Algunas cetonias azules y verdes, capturadas en la cacería, levantaban pesadamente sus élitros en la cubeta del pozo. Habían hecho surcos en la arena de los senderos, a fuerza de hacer pasar ejércitos por ellos, con bastones de desfile. Ahora, acababan de descargar el asalto sobre un montecillo tupido de la pradera. El sol poniente los envolvía en una luz de gloria.

Se establecieron sobre las posiciones conquistadas, un poco cansados, y admiraron las lejanas brumas carmesíes del otoño.

–Si yo fuera Robinson –dijo él– y tú Viernes, y si hubiera una gran playa allá abajo, iríamos a buscar pisadas de caníbales en la arena.

Ella reflexionó y preguntó:

–¿Robinson le pegaba a Viernes para hacerse obedecer?

–Ya no me acuerdo –dijo él–; pero vencieron a esos viejos villanos españoles, y a los salvajes del país de Viernes.

–No me gustan esas historias –dijo ella–: son juegos de niños. Se hace de noche. Si jugamos a los cuentos: tendríamos miedo de verdad.

–¿De verdad?

–Mira, ¿tú crees entonces que la casa del Ogro, con sus largos dientes, no viene todas las noches al fondo del bosque?

Él la contempló e hizo crujir las mandíbulas:

–Y cuando se comió a las siete princesas, hizo ñam, ñam, ñam.

–No, eso no –dijo ella–; sólo se puede ser el Ogro o Pulgarcito. Nadie sabe el nombre de las princesitas. Si quieres, yo haré de la Bella Durmiente que duerme en su castillo, y tú vendrás a despertarme. Habrá que abrazarme muy fuerte. Los príncipes abrazan de un modo terrible, ¿sabes?

Él se sintió tímido, y respondió:

–Me parece que es demasiado tarde para dormir en la hierba. La Bella estaba en su cama, en un castillo rodeado de espinos y de flores.

–Entonces juguemos a Barbazul –dijo ella–. Yo voy a ser tu mujer y tú me prohibirás entrar en la habitación pequeña. Comienza: tú vienes a desposarme. "Señor, no sé... Sus seis esposas han desaparecido en forma misteriosa. Es verdad que tiene usted una bella y grande barba azul, y que habita en un espléndido castillo. ¿No me hará daño, jamás, jamás?"

Y le imploró con la mirada.

–Entonces, ahora, tú me has pedido en matrimonio, y mis padres aceptaron. Estamos casados. Dame todas las llaves. "¿Y qué es esta linda y pequeñita?" Tú harás una voz gruesa para prohibirme que abra.

–Entonces, ahora, tú te vas y yo desobedezco enseguida. "¡Ah! ¡el horror! ¡Seis mujeres asesinadas!" Me desvanezco, y tú llegas para sostenerme. Eso es. Regresas como Barbazul. Pon la voz gruesa. "Mi señor, he aquí todas las llaves que me ha confiado." Tú me preguntas donde está la llave pequeña. "Mi señor, no sé: no la he tocado." Grita. "Mi señor, perdóneme, aquí está: estaba en el fondo de mi bolsillo."

–Entonces, vas a mirar la llave. ¿Había sangre en la llave?

–Sí –dijo él–, está manchada de sangre.

–Lo recuerdo –dijo ella–. La he frotado y frotado, pero no he podido quitarla. ¿Era la sangre de las seis mujeres?

–De las seis mujeres.

–Las había matado a todas, ¿verdad?, porque ellas entraban en la habitación pequeña. ¿Cómo las mataba? ¿Les cortaba la garganta y las colgaba en el gabinete oscuro? ¿Y la sangre corría por sus pies hasta el suelo? Era sangre muy roja, rojo retinto, no como la sangre de las adormideras cuando yo las rasguño. Te hacen poner de rodillas para cortarte la garganta, ¿no?

–Creo que hay que ponerse de rodillas –dijo él.

–Va a ser muy divertido –dijo ella–, ¿Pero me cortarás la garganta como de verdad?

–Sí, pero –dijo él– Barbazul no pudo matarla.

–¿Y eso qué? –dijo ella–. ¿Por qué Barbazul no le cortó la cabeza a su mujer?

–Porque vinieron sus hermanos.

–Ella tenía miedo, ¿no?

–Mucho miedo.

–¿Gritaba?

–Llamaba a sor Ana.

–Yo no hubiese gritado.

–Sí, pero –dijo él– Barbazul habría tenido tiempo de matarte. La hermana Ana estaba en lo alto de la torre, para mirar la hierba que reverdecía. Sus hermanos, que eran mosqueteros muy fuertes, llegaron con sus caballos a todo galope.

–Yo no quiero jugar así –dijo la niña–. Me aburre. Puesto que no tengo ninguna hermana Ana, fíjate.

Se volvió gentilmente hacia él:

–Dado que mis hermanos no vendrán –dijo–, tienes que matarme, mi pequeño Barbazul, ¡matarme bien fuerte, bien fuerte!

Se puso de rodillas. Se tomó los cabellos, los llevó hacia adelante y alzó la mano.

Lenta, los ojos cerrados y las pestañas trémulas, la comisura de los labios agitada por una sonrisa nerviosa, tendía el vello ligero de su nuca, su cuello y sus hombros voluptuosamente recogidos al filo cruel del sable de Barbazul.

–¡Ah... augh! –gritó–. ¡Eso me va a hacer daño!

LA PERVERSA

¡Madge!

La voz ascendió por la abertura cuadrada del piso. Un enorme tornillo de encina pulida atravesaba el techo redondo y giraba con un sonido ronco. El ala de tela gris, clavada a su esqueleto de madera, se volaba delante del tragaluz en medio del polvo de sol. Más abajo, dos bestias de piedra parecían luchar regularmente, mientras el molino se afanaba y temblaba sobre su base. Cada cinco segundos, una sombra larga y recta cortaba el pequeño recinto. La escalerilla que trepaba hasta el caballete interior estaba empolvada de harina.

–Madge, ¿vienes? –insistió la voz.

Madge había apoyado su mano contra el tornillo de encina. Un frotamiento continuo le hacía cosquillas en la piel, mientras atisbaba, un poco inclinada, el campo llano. Allí la loma del molino se hacía redonda como una cabeza afeitada. Las alas giratorias rozaban casi la hierba corta en la que sus imágenes negras se perseguían sin jamás alcanzarse. Tantos asnos parecían haberse rascado el lomo en la panza del muro escasamente cementado, que el revoque dejaba ver las manchas grises de las piedras. En la base del montículo, un sendero, horadado de secas huellas de carro, se inclinaba hacia el largo estanque en el que se remojaban las hojas rojas.

–Madge, ¡nos vamos! –gritó otra vez la voz.

–Bueno, vayanse –dijo Madge por lo bajo.

La puertita del molino chirrió. Vio temblar las dos orejas del asno que palpaba la hierba con el casco, con precaución. Un voluminoso saco se hundía en su albarda. El viejo molinero y su peón atizaban la grupa del animal. Descendieron todos por el camino irregular. Madge se quedó sola, con la cabeza asomada por el tragaluz.

Como sus padres la habían encontrado una noche tendida boca abajo en su cama, la boca llena de arena y de carbón, habían consultado a los médicos. Su consejo había sido enviar a Madge al campo, y que se le cansaran las piernas, la espalda y los brazos. Pero desde que estaba en el molino, se deslizaba desde el alba bajo el techito, desde donde examinaba la sombra giratoria de las aspas.

De repente se estremeció desde la punta de los cabellos hasta los talones. Alguien había alzado el picaporte de la puerta.

–¿Quién está ahí? –preguntó Madge por la abertura cuadrada.

Y oyó una débil voz:

–Si dispusiera de algo de beber: tengo mucha sed.

Madge observó a través de los escalones. Era un viejo mendigo del campo. Tenía un pan en su zurrón.

–Tiene pan –se dijo Madge–; lástima que no tiene hambre.

Le gustaban los mendigos, lo mismo que los sapos, las babosas y los cementerios, con un cierto horror.

Gritó:

–¡Espere un poco!

Luego descendió la escala, con la cara hacia adelante. Al llegar abajo:

–Usted es muy viejo –dijo–, ¿y tiene tanta sed?

–¡Oh!, sí mi buena damita –dijo el viejo.

–Los mendigos tienen hambre –continuó Madge con resolución–. Yo adoro el yeso. Vea.

Arrancó una costra blanca de la pared y la masticó. Después dijo:

–Todo el mundo ha salido. No tengo vaso. Está la bomba.

Le mostró la barra doblada. El viejo mendigo se inclinó. Mientras aspiraba el chorro, con la boca en el tubo, Madge le sacó discretamente el pan de su zurrón y lo hundió en un montón de harina.

Cuando él se volvió, los ojos de Madge bailaban.

–Por allá –dijo ella– está el gran estanque. Los pobres pueden beber de él.

–Uno no es una bestia –dijo el viejo.

–No –repuso Madge–, pero es desgraciado. Si tiene hambre voy a robar un poco de harina y se la daré. Con el agua del estanque, esta noche, puede hacer un poco de masa.

–¡Masa cruda! –dijo el mendigo–. Me han dado un pan, gracias, señorita.

–Y si no tuviese pan, ¿qué haría? Yo, si fuese tan vieja, me ahogaría. Los ahogados deben ser muy felices. Deben ser bellos. Lo compadezco mucho, mi pobre señor.

–Dios esté con usted, bondadosa señorita –dijo el viejo–. Qué cansado estoy.

–Y tendrá hambre esta noche –le gritó Madge, mientras él descendía la pendiente de la loma–. ¿No es cierto, buen hombre, que ha de tener hambre? Tendrá que comer su pan. Tendrá que mojarlo en el agua del estanque, si sus dientes son malos. El estanque es muy profundo.

Madge escuchó hasta que dejó de oír el ruido de sus pasos. Extrajo suavemente el pan de la harina y lo miró. Era una hogaza negra de pueblo, ahora manchada de blanco.

–¡Puaj! –dijo–. Si yo fuese pobre, robaría pan blanco en las panaderías bonitas.

Cuando regresó el maestro molinero, Madge estaba recostada sobre la espalda, con la cabeza en la molienda. Aferraba la hogaza sobre su cintura, con las dos manos; con los ojos prominentes, las mejillas hinchadas y una punta de lengua violeta entre los dientes apretados, trataba de imitar la imagen que ella se hacía de una persona ahogada.

Después de tomar la sopa:

–Patrón –dijo Madge–, ¿no es cierto que antes, hace mucho tiempo, vivía en este molino un gigante enorme, que hacía su pan con huesos de hombres muertos?

El molinero dijo:

–Son cuentos. Pero debajo de la colina hay unas cámaras de piedra que una sociedad me quiso comprar, para hacer excavaciones. Antes demolería mi molino. No tienen más que abrir las viejas tumbas de sus ciudades, que ya pudren bastante.

–Deben crujir, ¿eh?, los huesos de los muertos –dijo Madge–. ¡Más que su trigo, patrón! Y el gigante hacía muy buen pan con ellos, muy bueno: y lo comía... sí, lo comía.

Jean el peón alzó los hombros. El jadeo del molino había cesado. El viento ya no inflaba sus alas. Las dos bestias circulares de piedra habían dejado de luchar. Una pesaba sobre la otra silenciosamente.

–Jean me ha dicho, hace tiempo, patrón –continuó Madge–, que se puede recuperar los ahogados con un pan en el que se ha puesto azogue. Se hace un pequeño agujero en la corteza y se vierte por allí. Se arroja el pan al agua, y se detiene justo encima del

ahogado.

–¡Yo qué sé! –dijo el molinero–.

No son ocupaciones de jovencitas. ¡Qué historias, Jean!

–Es la señorita Madge quien me preguntó –respondió el muchacho.

–Yo pondría municiones de plomo –dijo Madge–. No hay azogue aquí. Tal vez encontremos ahogados en el estanque.

Ante la puerta esperó el crepúsculo, su pan bajo el delantal y un perdigón apretado en el puño. El mendigo debía haber tenido hambre. Se había ahogado en el estanque. Ella haría resurgir su cadáver, y, como el gigante, podría moler harina y preparar masa con huesos de hombre muerto.

LA DECEPCIONADA

En la confluencia de aquellos dos canales, había una esclusa alta y negra; el agua estancada estaba verde hasta la sombra de la muralla; contra la cabaña del esclusero, de tablas alquitranadas y sin una sola flor, los postigos batían en el viento; por la puerta entreabierta se veía la magra figura pálida de una niña con los cabellos revueltos, el vestido metido entre las piernas. Sobre la orilla del canal se elevaban y se inclinaban ortigas; había un vuelo de semillas aladas del primer otoño, y pequeñas bocanadas de polvo blanco. La cabaña parecía vacía; el campo estaba sombrío; una faja de hierba amarillenta se perdía en el horizonte.

Cuando la breve luz del día desfallecía se oyó el resuello del pequeño remolcador. Apareció más allá de la esclusa, con el rostro manchado de carbón del piloto que miraba indolentemente a través de su puerta de chapa; y por detrás una cadena se desenrollaba en el agua. Después venía, flotante y apacible, una barcaza parda, ancha y chata; en el medio llevaba una casita immaculada, cuyos pequeños cristales eran redondos y tostados; enredaderas rojas y amarillas trepaban alrededor de las ventanas, y a los dos costados del umbral había artesas de madera llenas de tierra con lirios, resedas y geranios.

Un hombre, que hacía restallar una blusa empapada sobre el borde de la barcaza, le dijo al que tenía el bichero:

–Mahot, ¿quieres dar un tarascón mientras esperamos la esclusa?

–Bueno –respondió Mahot.

Acomodó el bichero, franqueó una pila hueca de cuerda enrollada y se sentó entre las dos artesas de flores. Su compinche le dio una palmada en el hombro, entró en la casita blanca y trajo un paquete de papel pringoso, una larga hogaza y un cántaro de barro. El viento hizo volar el envoltorio aceitoso sobre los macizos de lirios. Mahot lo recobró y lo arrojó hacia la esclusa. Luego voló hasta los pies de la niña.

–¡Buen provecho, allá arriba! –gritó el hombre–; aquí, se cena.

Y agregó:

–El Indio, para servirle, mi paisana. Podrás decirles a los compañeros que hemos pasado por ahí.

–Mira que eres bromista, Indio –dijo Mahot–. Ya deja a esa chiquilla. Es porque tiene la piel morena, señorita; en las chalanas lo llamamos así.

Y una vocecita delgada les respondió: –¿Adonde van, barcaza?

–Llevamos carbón hacia el Mediodía –gritó el Indio.

–¿Allá donde hay sol? –dijo la vocecita.

–Tanto que le ha curtido el cuero al viejo –respondió Mahot.

Y la vocecita dijo, tras un silencio: –¿Quieren llevarme con ustedes, barcaza?

Mahot paró de masticar su manduca. El Indio apoyó el cántaro para reírse.

–¡Así que barcaza! –dijo Mahot–. ¡Señorita Barcacita! ¿Y tu esclusa? Ya lo veremos mañana a la mañana. Papito no estaría contento.

–¿Conque se envejece en el pueblucho? –preguntó el Indio.

La vocecita no dijo nada más, y la magra figura pálida entró de nuevo en la cabaña.

La noche cerró las murallas del canal. El agua verde subió junto a las puertas de la esclusa. Sólo se veía el resplandor de una candela detrás de las cortinas rojas y blancas, en la casita. Hubo unos chapoteos regulares contra la quilla, y la barcaza se

balanceaba y se elevaba. Un poco antes del alba, los goznes rechinaron con un rodar de cadena y, al abrirse la esclusa, el barco boyó hacia adelante, arrastrado por el pequeño remolcador de aliento extenuado. Cuando los cristales redondos reflejaron los primeros nubarrones rojos, la barcaza había dejado este campo sombrío, donde el viento frío sopla sobre las ortigas.

El Indio y Mahot se despertaron con el gorjeo tierno de una flauta que era como si hablara, y con unos golpecitos en los cristales.

–Los gorriones tuvieron frío esta noche, viejo –dijo Mahot.

–No –dijo el Indio–, es una gorriona: la nena de la esclusa. Allí está, palabra de honor. ¡Diablos!

No se contuvieron de sonreír. La niña estaba roja de aurora, y dijo con su voz menuda:

–Me habían permitido venir mañana a la mañana. Estamos en mañana a la mañana. Voy con ustedes al sol.

–¿Al sol? –dijo Mahot.

–Sí –continuó la pequeña–. Yo sé. Adonde hay moscas verdes y moscas azules, que iluminan la noche; adonde hay pájaros del tamaño de la uña que viven sobre las flores; adonde las raíces trepan a los árboles; adonde hay pan en las ramas y leche dentro de las nueces, y ranas que ladran como los perros grandes y... cosas... que van por el agua, unas... calabazas... no... bichos que meten su cabeza en un caparazón. Se los echa a la espalda. Se hace sopa con ellos. Unas... calabazas. No... no sé... ayúdenme.

–El diablo me lleve –dijo Mahot–. ¿Tortugas tal vez?

–Sí –dijo la niña–. Unas... tortugas.

–No todo eso hay –dijo Mahot–. ¿Y tu papá?

–Es papá quien me enseñó.

–Esto es demasiado –dijo el Indio–. ¿Enseñó qué?

–Todo lo que dije, las moscas que iluminan, los pájaros y las... calabazas. Miren, papá era marino antes de abrir la esclusa. Pero papá está viejo. En casa siempre llueve. Solamente hay plantas malas. ¿Saben? Quise hacer un jardín, un bonito jardín en nuestra casa. Afuera, hay demasiado viento. Hubiese levantado las tablas del piso, en el medio; hubiese puesto tierra buena, y después hierba, y después rosas, y después flores rojas que se cierran de noche, con lindos pajaritos, ruiseñores, verderones, y tordillos para conversar. Papá me lo prohibió. Me dijo que echaría a perder la casa y que daría humedad. Y yo no quería que hubiese humedad. Así que vengo con ustedes para ir allá.

La barcaza flotaba suavemente. En las orillas del canal, los árboles huían en fila. La esclusa estaba lejos. No se podía virar de bordo. El remolcador pitaba adelante.

–Pero no verás nada –dijo Mahot–. No vamos por mar. No encontraremos nunca tus moscas, ni tus pájaros, ni tus ranas. Habrá un poco más de sol, eso es todo. ¿Verdad, Indio?

–Por cierto –dijo este.

–Por cierto –repitió la niña–. ¡Mentirosos! Lo sé muy bien.

El Indio alzó los hombros.

–No tienes por qué morirte de hambre, de todos modos –dijo–. Ven a tomarte tu sopa, Barcacita.

Y le quedó ese nombre. Por los canales grises y verdes, fríos y tibios, les hizo

compañía sobre la barcaza, esperando el país de los milagros. La barcaza costó los campos pardos, con sus brotes delicados: y los arbustos delgados comenzaron a mudar sus hojas; y las mieses amarillaron, y las amapolas se estiraron como pequeñas cráteras rojas hacia las nubes. Pero Barcacita no se puso alegre con el verano. Sentada entre las artesas de flores, mientras el Indio o Mahot maniobraban con el bichero, pensaba que había sido engañada. Pues por más que el sol arrojara sus círculos gozosos sobre el piso a través de los pequeños cristales tostados, a pesar de los martín pescadores que cruzaban por el agua, y las golondrinas que sacudían su pico mojado, no había visto los pájaros que viven sobre las flores, ni la raíz que ascendía a los árboles, ni las grandes nueces llenas de leche, ni las ranas semejantes a perros.

La barcaza había arribado al Mediodía. Las casas sobre las orillas del canal eran frondosas y floridas. Las puertas estaban coronadas de rojos tomates, y había cortinas de pimientos alineadas a las ventanas.

–Es todo –dijo Mahot un día–. Vamos a desembarcar el carbón y a regresar. Papá estará contento, ¿eh? Barcacita sacudió la cabeza. Y a la mañana, estando el barco en amarra, oyeron otra vez los menudos golpecitos en los cristales redondos:

–Mentirosos –gritó una voz aflautada.

El Indio y Mahot salieron de la pequeña casa. Una magra figura pálida se volvió hacia ellos, sobre la orilla del canal; y Barcacita les gritó de nuevo, escapando detrás de la costa:

–¡Mentirosos! ¡Son todos mentirosos!

LA SALVAJE

El padre de Bûchette* la llevaba al bosque desde que despuntaba el día, y ella permanecía sentada allí cerca, mientras él derribaba árboles. Bûchette veía el hacha hundirse y hacer volar primero finas virutas de corteza; con frecuencia los musgos grises venían a reptar sobre su rostro. ¡Cuidado!, gritaba el padre de Bûchette, cuando el árbol se inclinaba con un crujido que parecía subterráneo. Ella se quedaba un poco triste ante el monstruo echado en el claro, con sus ramas machucadas y sus ramitas quebradas. Al caer la noche, un círculo rojizo de cúmulos de carbón se encendía en la sombra. Bûchette sabía a qué hora había que abrir la canasta de junco para tender a su padre el cántaro de gres y el trozo de pan moreno. Él se recostaba en medio de las ramitas reventadas para masticar con parsimonia. Bûchette tomaría la sopa al regresar. Corría alrededor de los árboles marcados, y si su padre no la miraba, se ocultaba para hacer: ¡Hu!

Había allí una caverna negra a la que llamaban Santa María Boca de Lobo, llena de zarzas y reverberante de ecos. Alzada en puntas de pie, Bûchette la examinaba de lejos.

Una mañana de otoño, aún ardiendo de aurora las cimas descoloridas de la floresta, Bûchette vio estremecerse una cosa verde delante de la Boca de Lobo. Esa cosa tenía brazos y piernas, y la cabeza parecía la de una niña de la misma edad de Bûchette.

Al principio Bûchette tuvo miedo de acercarse. Ni siquiera se atrevía a llamar a su padre. Pensaba que aquella era una de las personas que respondían en la Boca de Lobo cuando allí se hablaba fuerte. Cerró los ojos, temiendo moverse y atraer algún ataque siniestro. Inclinando la cabeza, oyó un sollozo que venía de por allí. Aquella extraña niña verde lloraba. Entonces Bûchette volvió a abrir los ojos, y tuvo pena. Pues veía la cara verde, dulce y triste, bañada en lágrimas, y dos pequeñas manos verdes se apretaban sobre la garganta de la niña extraordinaria.

"Quizá se cayó en unas hojas malas que destiñen", se dijo Bûchette.

Y, arrojada, atravesó helechos erizados de agujas y de zarcillos, hasta tocar casi el singular semblante. Unos bracitos verdosos se alargaron hacia Bûchette, en medio de las zarzas marchitas.

"Es parecida a mí", se dijo Bûchette, "pero tiene un color curioso".

La criatura verde llorosa estaba semivestida con una suerte de túnica hecha de hojas cosidas. Era realmente una niña, que tenía la tez de una planta salvaje. Bûchette imaginó que sus pies estaban arraigados en la tierra. Pero los movía muy ágilmente.

Bûchette le acarició los cabellos y la tomó de la mano. Ella se dejó llevar, siempre llorosa. Parecía no saber hablar.

—¡Oh, Dios mío, una diabla verde! —gritó el padre cuando la vio venir.

—¿De dónde vienes, pequeña?, ¿por qué eres verde? ¿No sabes responder?

No se podía saber si la niña verde había entendido. "Tal vez tiene hambre", dijo él. Le ofreció el pan y el cántaro. Ella le daba vueltas al pan entre sus manos y lo arrojó al suelo; sacudió el cántaro para escuchar el sonido del vino.

Bûchette suplicó a su padre que no dejase a esa pobre criatura en la floresta, durante la noche. Los cúmulos de carbón brillaron uno a uno en el crepúsculo, y la niña verde

* En francés, bûchette significa "astilla" (N. del T.).

miraba los fuegos, temblando. Cuando entró en la pequeña casa, retrocedió ante la lámpara. No pudo acostumbrarse a las llamas, y daba un grito cada vez que se encendía el candil.

Al verla, la madre de Bûchette hizo la señal de la cruz. "Dios me ayude, dijo, si es que es un demonio; pero seguro que una cristiana no es."

Esta niña verde no quiso tocar ni el pan, ni la sal, ni el vino, de donde se evidenciaba que no podía haber sido bautizada, ni presentada a la comunión. El cura fue advertido, y atravesó el umbral en el momento en que Bûchette ofrecía a la criatura unas habas con vaina.

Pareció muy alegre, y de inmediato se puso a partir el tallo con sus uñas, creyendo encontrar habas en su interior. Decepcionada, volvió a llorar hasta que Bûchette le abrió una vaina. Entonces mordisqueó las habas mirando al sacerdote.

Aunque hicieron venir al maestro de escuela, no se le pudo hacer entender una palabra humana, ni pronunciar un sonido articulado. Lloraba, reía, o daba gritos.

El cura la examinó muy cuidadosamente, pero no consiguió descubrir en su cuerpo ninguna marca del demonio. El domingo siguiente, se la condujo a la iglesia, en la que no manifestó ningún signo de inquietud, salvo que gimió cuando se la mojó con agua bendita. Pero no retrocedió ante la imagen de la cruz y, al pasar sus manos sobre las santas llagas y las desgarraduras de las espinas, pareció afligida.

A la gente de la aldea se le despertó una gran curiosidad; a algunos temor; y a pesar de la opinión del cura, se habló de ella como la "diabla verde".

Sólo se nutría de semillas y de frutos, y cada vez que se le presentaban las espigas o las ramas, ella partía el tallo o la madera, y lloraba de contrariedad. Bûchette no consiguió enseñarle dónde había que buscar las semillas de trigo o las cerezas, y su decepción era siempre la misma.

Por imitación, muy pronto pudo acarrear madera y agua, barrer, secar y hasta coser, por más que manipulaba la tela con una cierta repulsión. Pero no se resignó jamás a hacer fuego, ni siquiera a aproximarse al hogar.

Mientras tanto Bûchette crecía, y sus padres quisieron ponerla a trabajar. Tuvo gran pena, y por la noche, debajo de las sábanas, sollozaba suavemente. La niña verde observaba compasivamente a su pequeña amiga. Miraba fijamente a Bûchette, por la mañana, y sus propios ojos se llenaban de lágrimas. Luego por la noche, cuando Bûchette lloraba, sentía una mano suave que le acariciaba los cabellos, una boca fresca sobre su mejilla.

Se acercaba el plazo en que Bûchette debía entrar bajo servicio. Sollozaba ahora, casi tan penosa como la criatura verde el día que se la había encontrado delante de la Boca de Lobo.

Y la última noche, cuando el padre y la madre de Bûchette se durmieron, la niña verde acarició los cabellos de la llorona y le tomó la mano. Abrió la puerta, y alargó el brazo hacia la noche. Del mismo modo que antes Bûchette la había conducido hacia las casas de los hombres, la llevó de la mano hacia la libertad desconocida.

LA FIEL

El enamorado de Jeanie se había convertido en marinero, y ella estaba sola, completamente sola. Escribió una carta que selló con su dedito, y la arrojó en el río, en medio de las largas hierbas rojas. Así se iría hasta el Océano. Jeanie no sabía escribir en realidad; pero su enamorado debía comprender, ya que la carta era de amor. Y esperó largo tiempo la respuesta, venida del mar; y la respuesta no llegó. No había ningún río que corriera desde él hasta Jeanie.

Y un día Jeanie partió en busca de su enamorado. Miraba las flores de agua y sus tallos inclinados; y todas las flores se inclinaban hacia ella. Y Jeanie decía mientras caminaba: "En el mar hay un barco/ en el barco hay un camarote/ en el camarote hay una jaula/ en la jaula hay un pájaro/ en el pájaro hay un corazón, en el corazón hay una carta/ en la carta está escrito: Amo a Jeanie. Amo a Jeanie está en la carta, la carta está en el corazón, el corazón está en el pájaro, el pájaro está en la jaula, la jaula está en el camarote, el camarote está en el barco, el barco está muy lejos en el inmenso mar".

Y como Jeanie no les tenía miedo a los hombres, los molineros polvorientos, viéndola simple y tierna, con el anillo de oro en el dedo, le ofrecían pan y le permitían acostarse entre las bolsas de harina, con un beso blanco.

De este modo atravesó su país de rocas feroces, y la región de los bosques bajos, y las praderas llanas que rodean el río cerca de las ciudades. Muchos de los que albergaban a Jeanie le daban besos, pero ella nunca los devolvía, ya que los besos infieles que las amantes devuelven se marcan en sus mejillas con huellas de sangre.

Alcanzó la ciudad marítima en la que su enamorado se había embarcado. Por el puerto, buscó el nombre de su navío, pero no pudo encontrarlo, puesto que el navío había sido enviado al mar de América, pensó Jeanie.

Obscuras calles oblicuas descendían a los muelles desde lo alto de la ciudad. Algunas estaban adoquinadas, con un arroyo en el medio; otras no eran más que estrechas escaleras hechas de antiguas losas.

Jeanie distinguió casas pintadas de amarillo y de azul con cabezas de negra e imágenes de pájaros de pico rojo. Al anochecer, grandes lámparas se balancearon delante de las puertas. Hombres que parecían ebrios se veían entrar por ellas.

Jeanie pensó que serían las pensiones de los marineros que regresaban del país de las mujeres negras y de los pájaros de color. Y tuvo un gran deseo de esperar a su enamorado en una de esas pensiones, que tenía tal vez el olor del lejano Océano.

Alzando la cabeza, vio unas figuras blancas de mujeres, apoyadas en las ventanas enrejadas, donde estaban tomando el fresco. Jeanie empujó una puerta doble, y se encontró en una sala embaldosada, entre mujeres semidesnudas, con vestidos rosas. En el fondo de la penumbra caliente un loro movía lentamente sus párpados. Había también un poco de espuma en tres grandes vasos angostos, sobre la mesa.

Cuatro mujeres rodearon a Jeanie, riendo, y ella reparó en otra, vestida de oscuro, que cosía en una pequeña salita.

—Es del campo —dijo una de las mujeres.

—¡Silencio! —dijo otra—, no hay que decir nada.

Y todas juntas le gritaron: —¿Quieres beber, primor? Jeanie se dejó abrazar, y bebió

en uno de los vasos angostos. Una mujer gorda vio el anillo.

–Qué me dicen: ¿es casada! Todas repitieron juntas: –¿Eres casada, primor?

Jeanie se ruborizó, porque no sabía si estaba realmente casada, ni cómo había que responder.

–Yo las conozco a esas casadas –dijo una mujer–. Yo también, cuando era pequeña, cuando tenía siete años, andaba sin enaguas. Fui completamente desnuda al bosque para construir mi iglesia: ¡y todos los pajaritos me ayudaban a trabajar! Estaba el buitre para arrancar la piedra, y el palomo, con su gran pico, para tallarla, y el pardillo para tocar el órgano. Esa era mi iglesia de bodas y mi misa.

–Pero este primor tiene su alianza, ¿no? –dijo la mujer gorda.

Y todas juntas gritaron:

–¿De verdad, una alianza?

Entonces abrazaron a Jeanie una tras otra, y la acariciaron, y le hicieron beber, y hasta consiguieron hacer sonreír a la dama que cosía en la pequeña salita. Entretanto un violín sonaba ante la puerta y Jeanie se había quedado dormida. Dos mujeres la depositaron dulcemente en una cama, en un cuartito, al que llevaba una pequeña escalera. Después dijeron todas juntas: –Hay que darle algo. ¿Pero qué? El loro se despertó y se puso a parlotear.

–Les diré –explicó la gorda. Y habló largamente en voz baja. Una de las mujeres se enjugó las lágrimas.

–Es verdad –dijo–, no hemos tenido, eso nos traerá felicidad.

–¿No es cierto?, ella para nosotras cuatro –dijo otra.

–Vamos a pedirle a Madame que nos permita –dijo la gorda.

Y al día siguiente, cuando Jeanie se fue, tenía en cada dedo de su mano izquierda un anillo de alianza. Su enamorado estaba muy lejos; pero ella golpearía en su corazón, para volver a entrar en él, con los cinco anillos de oro.

LA PREDESTINADA

No bien tuvo altura suficiente, IIsée tomó la costumbre de ir todas las mañanas ante su espejo y decir: "Buen día, mi pequeña IIsée". Después besaba el vidrio frío y fruncía los labios. La imagen parecía venir solamente. Pero estaba muy lejos en realidad. La otra IIsée, más pálida, que se alzaba de las profundidades del espejo, era una prisionera con la boca helada. IIsée sentía pena por ella, porque parecía triste y cruel. Su sonrisa matinal era un alba desvaída teñida aún del horror nocturno.

Sin embargo IIsée la quería, y le hablaba así: "Nadie te dice buen día, pobre pequeña IIsée. Vamos, abrázame. Hoy iremos a pasear, IIsée. Mi enamorado vendrá a buscarnos. Ven con nosotros". IIsée se volvía, y la otra IIsée, melancólica, se escabullía hacia la sombra luminosa.

IIsée le mostraba sus muñecas y sus vestidos. "Juega conmigo. Vístete conmigo." La otra IIsée, celosa, también levantaba hacia IIsée unas muñecas más blancas y vestidos descoloridos. No hablaba, tan sólo movía los labios al mismo tiempo que IIsée.

A veces IIsée se irritaba, como los niños, contra la dama muda, que a su vez se irritaba también. "¡Mala, mala, IIsée!", gritaba. "¡Respóndeme, abrázame!" Golpeaba el espejo con la mano. Una mano extraña, que no pertenecía a ningún cuerpo, aparecía delante de la suya. IIsée jamás pudo alcanzar a la otra IIsée.

La perdonaba por la noche; feliz de volver a encontrarla, saltaba de su cama para abrazarla y le murmuraba: "Buen día, mi pequeña IIsée".

Cuando IIsée tuvo un verdadero novio, lo llevó ante su espejo y dijo a la otra IIsée: "Mira a mi enamorado, y no lo mires demasiado. Es mío, pero quiero mostrártelo. Después de que nos hayamos casado, le permitiré abrazarte conmigo, todas las mañanas". El novio se puso a reír. IIsée en el espejo sonrió también. "¿Verdad que es bello y que yo lo amo?", dijo IIsée. "Sí, sí", respondió la otra IIsée. "Si lo miras demasiado, no te abrazaré más", dijo IIsée. "Soy tan celosa como tú. Adiós, mi pequeña IIsée."

A medida que IIsée aprendió el amor, IIsée en el espejo se fue poniendo más triste. Pues su amiga ya no venía a besarla por la mañana. La tenía en el olvido. Era más bien la imagen de su novio la que acudía, después de la noche, para el despertar de IIsée. Durante la jornada, IIsée ya no veía a la dama del espejo, mientras que su novio sí se fijaba en ella. "¡Ah!, decía IIsée, ya no piensas más en mí, malvado. A la otra es a quien miras. Es una prisionera; jamás vendrá. Está celosa de ti; pero yo soy más celosa que ella. No la mires más, mi amado; mírame a mí. IIsée del espejo, mala, te prohíbo que respondas a mi novio. No puedes venir; no podrás venir jamás. No me lo quites, mala IIsée. Después de que nos hayamos casado, le permitiré abrazarte conmigo. Ríete, IIsée. Estarás con nosotros."

IIsée se puso celosa de la otra IIsée. Si el día caía sin que el amado viniese: "Tú lo echas, tú lo echas, gritaba IIsée, con tu mala cara. Mala, vete, déjanos".

E IIsée ocultó el espejo bajo una tela blanca y fina. Alzó un lado a fin de clavar el último clavito. "Adiós, IIsée", dijo.

No obstante su novio seguía pareciendo cansado. "No me ama más", pensó IIsée; "ya no viene, me quedo sola, sola. ¿Dónde está la otra IIsée? ¿Se fue con él?" Con sus pequeñas tijeras de oro, hendió un poco la tela, para mirar. El espejo estaba cubierto

de una sombra blanca.

"Se ha ido" pensó IIsée.

"Hay que ser muy paciente", se dijo IIsée. "La otra IIsée estará celosa y triste. Mi amado regresará. Yo sabré esperarlo."

Todas las mañanas, contra su almohada, cerca de su rostro, le parecía verlo, en su duermevela: "¡Oh!, amado mío, murmuraba, ¿has vuelto? Buen día, buen día, mi dulce amado". Estiró la mano y tocó la sábana fría.

"Hay que ser muy paciente", volvió a decirse IIsée.

IIsée esperó mucho tiempo a su novio. Su paciencia se fundió en lágrimas. Una niebla húmeda envolvió sus ojos. Toda su cara se arrugaba. Cada día, cada mes, cada año la agostaba con un dedo más pesado.

–¡Oh, amado mío! –dijo IIsée–. Dudo de ti.

Cortó la tela blanca en el centro del espejo, y en el pálido bastidor apareció el cristal lleno de manchas oscuras. El espejo estaba surcado de arrugas claras y, allí donde el azogue se había separado del vidrio, se veían lagos de sombra.

La otra IIsée apareció en el fondo del espejo, vestida de negro, como IIsée, el rostro consumido, marcado por las señales extrañas del vidrio que ya no refleja en medio del vidrio que refleja. Y el espejo parecía haber llorado.

–Estás triste, como yo –dijo IIsée.

La dama del espejo lloró. IIsée la besó y dijo:

–Buen día, mi pobre IIsée.

Y, al entrar en su habitación, con su lámpara de aceite en la mano, IIsée se sorprendió: lámpara de aceite en mano, la otra IIsée avanzaba hacia ella, con la mirada triste. IIsée levantó su lámpara por encima de su cabeza y se sentó sobre su cama. La otra IIsée levantó su lámpara por encima de su cabeza y se sentó junto a ella.

"Comprendo", pensó IIsée. "La dama del espejo se ha liberado. Vino a buscarme. Voy a morir."

LA SOÑADORA

Tras la muerte de sus padres, Marjolaine se quedó en su casita con su vieja nodriza. Le habían dejado un techo de caña bruñida y el manto de la gran chimenea. Pues el padre de Marjolaine había sido narrador y constructor de sueños. Algún amigo de sus hermosas ideas le había prestado su tierra para construir, un poco de dinero para soñar. Durante largo tiempo había mezclado diversas especies de arcilla con polvos de metales, para cocer un esmalte sublime. Había intentado fundir y dorar extrañas cristalerías. Había modelado núcleos de pasta dura perforados con "linternas*", y el bronce enfriado se irisaba como la superficie de los charcos. Pero sólo quedaban de él dos o tres crisoles negruzcos, planchas gastadas de bronce deformadas de escorias, y siete grandes ánforas descoloridas encima del hogar. Y de la madre de Marjolaine, una hija piadosa del campo, no quedaba nada: pues por el "arcillero" había vendido hasta su rosario de plata.

Marjolaine creció al lado de su padre, que llevaba un delantal verde, y cuyas manos estaban siempre terrosas y las pupilas inyectadas de fuego. Ella admiraba las siete ánforas de la chimenea, tiznadas de humo, llenas de misterio, semejantes a un arco iris cóncavo y ondulado. Morgana hubiera hecho salir del ánfora sangrante un bandolero embetunado, con un sable recubierto de flores de Damasco. En el ánfora anaranjada se podía, como Aladino, encontrar frutos de rubí, ciruelas de amatista, cerezas de granate, membrillos de topacio, racimos de ópalo, bayas de diamante. El ánfora amarilla estaba llena de polvo de oro que Camaralzamán había escondido debajo de unas olivas. Se veía un poco una de las olivas debajo de la cubierta, y el borde del vaso era brillante. El ánfora verde debía cerrarse con un gran sello de cobre, grabado por el rey Salomón. Los años le habían pintado una capa de verdín; ya que esta ánfora había habitado antaño el Océano, y desde hacía muchos miles de años contenía un genio, que era príncipe. Una niña muy sabia sabría romper el hechizo en luna llena, con permiso del rey Salomón, que le ha dado la voz a las mandragoras. En el ánfora azul clara, Giauhara había recludo sus ropajes marinos, tejidos con algas, adornados con aguamarinas y manchados de la púrpura de los crustáceos. Todo el cielo del Paraíso terrestre, y los ricos frutos del árbol, y las escamas llameantes de la serpiente, y la espada ardiente del ángel, estaban encerrados por el ánfora azul oscura, parecida a la enorme cúpula celeste de una flor austral. Y la misteriosa Lilith había vertido todo el cielo del Paraíso en la última ánfora: ya que esta se alzaba, violeta y rígida como la muceta del obispo.

Aquellos que ignoraban estas cosas no veían más que siete viejas ánforas descoloridas, sobre el manto hinchado del hogar. Pero Marjolaine sabía la verdad por los cuentos de su padre.

Ante el fuego del invierno, en medio de la sombra caprichosa de las llamas de los leños y de la candela, seguía con los ojos, hasta la hora en que se iba a dormir, el hormigueo de las maravillas.

Entretanto, como la artesa del pan estaba vacía igual que la caja de la sal, la nodriza imploraba a Marjolaine.

* En francés (lanterne), así como en castellano, "linterna" es sinónimo de "piñón" (pignon) o "rueda

dentada" (N. del T).

"Cásate, le decía, mi amada florecita: vuestra madre pensaba en Jean; ¿no quieres casarte con Jean? Mi Jolinda, mi Jolinda, ¡qué linda novia serás!"

–La novia de la Marjolaine ha tenido caballeros –dijo la soñadora–; voy a tener un príncipe.

–Princesa Marjolaine –dijo la nodriza–, desposad a Jean; lo harás príncipe.

–Nenni, nodriza –dijo la soñadora–; prefiero hilar. Espero mis diamantes y mis vestidos para un genio más bello. Compra cáñamo y ruecas y un huso pulido. Tendremos nuestro palacio muy pronto. Por el momento está en un desierto negro del África. Un mago vive en él, cubierto de sangre y de venenos. Vierte en el vino de los viajeros un polvo pardusco que los convierte en bestias peludas. El palacio está iluminado con antorchas vivas, y los negros que sirven de yantar tienen coronas de oro. Mi príncipe ha de matar al mago, y el palacio acudirá a nuestra comarca, y tú acunarás a mi niño.

–¡Oh, Marjolaine, cástate con Jean! –dijo la vieja nodriza.

Marjolaine se sentó y se puso a hilar. Pacientemente hizo girar el huso, retorció el cáñamo y lo destorció. Las ruecas se afinaban y se volvían a ensanchar. Jean vino a sentarse junto a ella y la admiró. Pero ella no le prestaba el menor interés. Porque las siete ánforas de la gran chimenea estaban llenas de sueños. Durante el día le parecía oírlas gemir o cantar. Cuando ella dejaba de hilar, la rueca no se estremecía más por las ánforas, y el huso ya no les procuraba sus murmullos.

–Oh, Marjolaine, cástate con Jean –le decía la vieja nodriza al caer la tarde.

Pero en mitad de la noche la soñadora se levantaba. Como Morgana, arrojaba contra las ánforas granos de arena, para despertar los misterios. Y no obstante, el bandolero seguía durmiendo; los frutos preciosos no tintineaban, ella no oía correr el polvo de oro, ni rozarse la tela de los vestidos, y el sello de Salomón pesaba abrumadoramente sobre el príncipe encerrado.

Marjolaine arrojaba uno a uno los granos de arena. Siete veces tañeron contra la terracota de las ánforas; siete veces el silencio volvió a comenzar.

–Oh, Marjolaine, cástate con Jean –le decía la vieja nodriza todas las mañanas.

Entonces Marjolaine frunció las cejas cuando veía a Jean, y Jean no vino más. Y a la vieja nodriza se la encontró muerta, una madrugada, bastante sonriente. Y Marjolaine se puso un vestido negro, una cofia obscura, y continuó hilando.

Todas las noches se levantaba y, como Morgana, arrojaba contra las ánforas granos de arena para despertar los misterios. Y los sueños dormían, siempre.

Marjolaine se hizo vieja en su paciencia. Pero el príncipe aprisionado bajo el sello del rey Salomón era siempre joven, sin duda, habiendo vivido miles de años. Una noche de plenilunio, la soñadora se levantó como una asesina, y tomó un martillo. Rompió furiosamente seis ánforas, y el sudor de la angustia corría por su frente. Los vasos crujieron y se abrieron: estaban vacíos. Vaciló ante el ánfora donde Lilith había vertido el Paraíso violeta; después la asesinó como a las otras. Entre los restos rodó una rosa de Jericó seca y gris. Cuando Marjolaine quiso hacerla florecer, se dispersó en polvo.

LA COMPLACIDA

Cice plegó las piernas en su camita y apoyó la oreja contra la pared. La ventana estaba pálida. La pared vibraba y parecía dormir con una respiración sofocada. La enagueta blanca se había hinchado sobre la silla, de la que colgaban dos medias como unas piernas negras fofas y vacías. Un vestido se dibujaba misteriosamente en la pared como si quisiera trepar hasta el techo. Las tablas del piso rechinaban ligeramente en la noche. La jarra de agua se parecía a un sapo blanco, en cuclillas sobre la jofaina e inhalando sombra.

—Soy demasiado desdichada —dijo Cice. Y se puso a llorar en su sábana. La pared suspiró más fuerte; pero las dos piernas negras continuaron inertes, y el vestido no siguió trepando, y el sapo blanco acuclillado no cerró su boca húmeda. Y Cice dijo—: Ya que todo el mundo está en mi contra, ya que aquí no quieren más que a mis hermanas, ya que me han mandado a acostar durante la cena, me iré, sí, me iré muy lejos. Soy una Cenicienta, eso es lo que soy. Ya lo verán. Voy a tener un príncipe; y ellas no tendrán a nadie, absolutamente a nadie. Y vendré en mi hermoso carruaje, con mi príncipe; eso es lo que haré. Si son buenas, para entonces, las perdonaré. Pobre Cenicienta, ya verán que ella es mejor que ustedes.

Su pequeño corazón se ensanchó otra vez, mientras se ponía las medias y se anudaba la enagua. La silla vacía se quedó en la mitad de la pieza, abandonada.

Cice descendió suavemente a la cocina, y lloró otra vez, arrodillada ante el fogón, con las manos sumergidas en las cenizas.

El sonido regular de una rueda la hizo volverse. Un cuerpo tibio y peludo rozó sus piernas.

—No tengo madrina —dijo Cice— pero tengo mi gato. ¿Verdad?

Ella estiró sus dedos, y él los lamió lentamente, como con un pequeño rallador caliente.

—Ven —dijo Cice.

Empujó la puerta del jardín, y hubo un gran soplo de frescura. Una mancha sombríamente verdosa indicaba el césped; el gran sicómoro tiritaba, con estrellas que parecían suspendidas entre las ramas. La claridad imperaba en la huerta, más allá de los árboles, y los montículos de melones resplandecían.

Cice rozó dos manojos de hierbas largas, que le hicieron delicadas cosquillas. Corrió entre los montículos, por donde revoloteaban breves resplandores.

—No tengo madrina: ¿tú sabes hacer un carruaje, gato? —dijo.

El animalito bostezó hacia el cielo, por el que escapaban unas nubes grises.

—Todavía no tengo príncipe —dijo Cice—. ¿Cuándo vendrá?

Sentada cerca de un gran cardo violáceo, miró el cerco de la huerta. Después se sacó una de las pantuflas, y la arrojó con todas sus fuerzas por encima de los groselleros. La pantufla cayó sobre la carretera.

Cice acarició al gato y dijo: —Escucha, gato. Si el príncipe no me trae mi pantufla, te compraré botas y viajaremos para encontrarlo. Es un joven muy apuesto. Está vestido de verde, con diamantes. Me ama mucho, pero no me ha visto nunca. No vas a estar celoso. Viviremos juntos los tres. Seré más feliz que Cenicienta, porque he sido más infeliz. Cenicienta iba todas las noches al baile, y le daban ricos vestidos. Yo sólo te tengo a ti, mi garito querido.

Abrazó su hocico de cuero mojado. El gato emitió un delicado maullido y se pasó una pata por la oreja. Luego se lamió y ronroneó.

Cice recolectó grosellas verdes.

–Una para mí, una para mi príncipe, una para ti. Una para mi príncipe, una para ti, una para mí. Una para ti, una para mí, una para mi príncipe. Así es como viviremos. Compartiremos todo entre nosotros tres, y no tendremos hermanas malas.

Las nubes grises se habían amontonado en el cielo. Una franja pálida se elevaba hacia el Oriente. Los árboles se sumergían en una penumbra lívida. De repente una bocanada de viento gélido sacudió la enagua de Cice. Las cosas se estremecieron. El cardo violeta se inclinó dos o tres veces. El gato arqueó el lomo y erizó todos sus pelos.

A lo lejos por el camino Cice oyó un chirriante sonido de ruedas.

Un fuego apagado corrió por las cimas oscilantes de los árboles y a lo largo del techo de la casita.

Después aquel rodar se fue acercando. Hubo relinchos de caballos, y un murmullo confuso de voces de hombres.

–Escucha, gato –dijo Cice–. Escucha. Un gran carruaje se acerca. Es el carruaje de mi príncipe. Pronto, pronto: me llamará.

Una pantufla de cuero morada voló por encima de los groselleros, y cayó en medio de los montículos.

Cice corrió hacia la valla de mimbre y la abrió.

Un carruaje largo y oscuro avanzaba pesadamente. El bicornio del cochero iba iluminado por un rayo rojo. Dos hombres oscuros caminaban a cada costado de los caballos. El tren trasero del carruaje era bajo y oblongo como un ataúd. Un olor insípido flotaba en la brisa del alba. Pero Cice no comprendió nada de aquello. Ella sólo veía una cosa: el carruaje maravilloso estaba allí. El cochero del príncipe estaba tocado de oro. El pesado cofre estaba lleno de joyas de bodas. Aquel perfume terrible y soberano la envolvía en realeza.

Y Cice tendió sus brazos gritando: –¡Príncipe, lléveme, lléveme!

LA INSENSIBLE

La princesa Morgana no quería a nadie. Tenía un candor frío, y vivía en medio de las flores y de los espejos. Pinchaba rosas rojas en sus cabellos y se miraba. No veía a ninguna joven ni a ningún muchacho porque se miraba en sus miradas. Y la crueldad o la voluptuosidad le eran desconocidas. Sus cabellos negros descendían alrededor de su rostro como olas despaciosas. Deseaba amarse a sí misma: pero la imagen de los espejos tenía una frigididad apacible y lejana, y la imagen de los estanques era pálida y taciturna, y la imagen de los ríos huía temblando.

La princesa Morgana había leído en los libros de historia acerca del espejo de Blancanieves que sabía hablar y le anunció su degüello, y el cuento del espejo de IIsée, del que salió otra IIsée que mató a IIsée, y la aventura del espejo nocturno del pueblo de Mileto que hacía que las milesias se estrangularan al alzarse la noche. Había visto la pintura misteriosa en la que el novio ha tendido una espada delante de su novia, porque se han encontrado a sí mismos en la bruma del anochecer: pues los dobles amenazan a la muerte. Pero ella no tenía miedo de su imagen, puesto que jamás se había encontrado -salvo cándida y velada, no cruel y voluptuosa- a ella misma para ella misma. Y las hojas pulidas de oro verde, las pesadas capas de azogue no le mostraban a Morgana, en absoluto, Morgana.

Los sacerdotes de su país eran geománticos y adoradores del fuego. Dispusieron la arena en la caja cuadrada, y trazaron allí los signos; calcularon por medio de sus talismanes de pergamino, hicieron el espejo negro con el agua mezclada con humo. Y por la noche Morgana se presentó ante ellos, y arrojó en el fuego tres pasteles de ofrenda. "Aquí", dijo el geomántico; y mostró el espejo negro líquido. Morgana miró: y primero un vapor claro se arrastró por la superficie, después borbotó un círculo coloreado, y luego una imagen se alzó y se desplazó ligeramente. Era una casa blanca y cúbica con largas ventanas; y bajo la tercera ventana colgaba un gran anillo de bronce. Y todo alrededor de la casa reinaba la arena gris. "Este es el lugar", dijo el geomántico, "donde se encuentra el verdadero espejo; pero nuestra ciencia no puede localizarlo ni explicarlo."

Morgana se inclinó y arrojó en el fuego otros tres pasteles de ofrenda. Pero la imagen vaciló, y se tornó oscura; la casa blanca se sumergió y Morgana miró vanamente el espejo negro.

Y al día siguiente Morgana quiso hacer un viaje: le parecía haber reconocido el sombrío color de la arena y se dirigió hacia Occidente. Su padre le otorgó una selecta caravana, con mulas de cencerros de plata, y fue llevada en una litera cuyos tabiques eran preciosos espejos.

Atravesó Persia de ese modo, y examinaba los hospedajes aislados, tanto aquellos que están contruidos cerca de los pozos y por donde pasan las partidas de viajeros, como las casas prohibidas donde las mujeres cantan en las noches y acuñan monedas de metal.

Y cerca de los confines del reino de Persia vio muchas casas blancas, cúbicas, de largas ventanas; pero el anillo de bronce no estaba colgado allí. Y le dijeron que el anillo debía encontrarse en el cristiano país de Siria, por Occidente.

Morgana atravesó las llanas orillas del río que rodea la comarca de las planicies húmedas, donde crecen bosques de regaliz. Había castillos excavados en una sola

pedra angosta, que estaba apoyada en la punta; y las mujeres sentadas al sol al paso de la caravana tenían cordones de crin rojiza alrededor de la frente. Y allí viven los que trasladan tropillas de caballos, y llevan lanzas con punta de plata.

Y más lejos está una montaña salvaje habitada por bandidos que beben aguardiente de trigo en honor de sus divinidades. Adoran unas piedras verdes de forma extraña, y se prostituyen los unos a los otros en medio de círculos de zarzas en llamas. Morgana tuvo horror de ellos.

Y más lejos está una ciudad subterránea de hombres negros que no son visitados por sus dioses sino durante el sueño. Comen las fibras del cáñamo, y se cubren el rostro con polvo de tiza. Y los que se emborrachan con el cáñamo durante la noche cortan el cuello de los que duermen, para enviarlos con las divinidades nocturnas. Morgana tuvo horror de ellos.

Y más lejos se extiende el desierto de arena gris, donde las plantas y las piedras son semejantes a la arena. Y a la entrada de este desierto Morgana encontró el hospedaje del anillo.

Hizo detener su litera, y los muleros descargaron las mulas. Era una casa antigua, construida sin la ayuda del cemento; y los bloques de piedra estaban blanqueados por el sol. Pero el patrón del hospedaje no pudo hablarle del espejo: pues no lo conocía en absoluto.

Y al anochecer, después de comer las galletas delgadas, el patrón dijo a Morgana que aquella casa del anillo había sido en tiempos antiguos la morada de una reina cruel. Y fue castigada por su crueldad. Pues había ordenado cortar la cabeza a un hombre religioso que vivía solitario en medio de la extensión de arena y con buenas palabras hacía bañarse a los viajeros en el agua del río.

E inmediatamente después aquella reina pereció, con toda su raza. Y la habitación de la reina fue tapiada en su casa. El patrón del hospedaje mostró a Morgana la puerta tapada por piedras.

Después los viajeros del hospedaje se acostaron en las salas cuadradas y debajo del saledizo. Pero hacia la mitad de la noche, Morgana despertó a sus muleros, e hizo derribar la puerta tapiada. Y entró por la brecha polvorosa, con una antorcha de hierro.

Y la gente de Morgana oyó un grito, y siguió a la princesa. Estaba arrodillada en mitad de la habitación tapiada, delante de una fuente de cobre repujado repleta de sangre, y la observaba ardientemente. Y el patrón del hospedaje levantó los brazos: pues la sangre de la pila no se había secado en la habitación clausurada desde que la reina cruel había hecho colocar en ella una cabeza cortada.

Nadie sabe lo que la princesa Morgana vio en el espejo de sangre. Pero en la ruta de regreso sus muleros fueron descubiertos asesinados, uno tras otro, cada noche, con las caras grises vueltas hacia el cielo, después de haberse introducido en su litera. Y se dio a esta princesa el nombre de Morgana la Roja, y fue una famosa prostituta y una terrible degolladora de hombres.

LA SACRIFICADA

Lilly y Nan eran doncellas de granja. Llevaban agua del pozo, en verano, por el sendero apenas abierto en los trigos maduros; y en el invierno, cuando hace frío, y cuando los carámbanos se balancean en las ventanas, Lilly venía a acostarse con Nan. Ovilladas bajo los cobertores, escuchaban al viento silbar. Tenían siempre monedas blancas en sus bolsillos, y camisolines finos con cintas color cereza; parejamente rubias, y risueñas. Todas las noches ponían en el rincón del hogar una cubeta de linda agua fresca; donde también encontraban, según se decía, al saltar de la cama, las piezas de plata que hacían sonar entre sus dedos. Pues los "pixies" las arrojaban a la cubeta después de haberse bañado en ella. Pero ni Nan, ni Lilly, ni nadie, había visto "pixies", sino que, en los cuentos y baladas, son unas cositas negras y malignas con colas de torbellino.

Una noche, Nan olvidó sacar agua; tanto más porque era diciembre, y la cadena herrumbrada del pozo estaba revestida de hielo. Mientras dormía, con las manos sobre los hombros de Lilly, de pronto la pellizcaron en los brazos y en las pantorrillas, y le tiraron cruelmente de los cabellos de su nuca. Se despertó llorando: "¡Mañana estaré negra y azul!". Y dijo a Lilly: "Apriétame, apriétame: no puse la cubeta de linda agua fresca; pero no saldré de mi cama aunque me lo exijan todos los 'pixies' de Devonshire". Entonces la buena de Lilly la abrazó, se levantó, sacó agua y puso la cubeta en el rincón del fogón. Cuando volvió a acostarse, Nan se había dormido.

Y en su sueño la pequeña Lilly tuvo un sueño. Le pareció que una reina, vestida con hojas verdes, con una corona de oro sobre la frente, se aproximaba a su cama, la tocaba y le hablaba. Decía: "Soy la reina Mandosiana; Lilly, ve a buscarme". Y después decía: "Estoy sentada en una pradera de esmeraldas, y el camino que conduce hasta mí es de tres colores, amarillo, azul y verde". Y decía: "Soy la reina Mandosiana; Lilly, ven a buscarme".

Después Lilly hundió la cabeza en la almohada negra de la noche y ya no vio nada más. Ahora bien, por la mañana, al cantar el gallo, a Nan le fue imposible levantarse y emitía unas quejas agudas, pues sus dos piernas estaban insensibles y no era capaz de moverlas. En el correr del día, los médicos la vieron y tras una larga deliberación decidieron que sin duda permanecería así tendida sin volver a caminar jamás. Y la pobre Nan sollozaba: pues nunca encontraría marido.

Lilly tuvo una inmensa compasión. Pelando las papas del invierno, acomodando los nísperos, batiendo la manteca, secando el suero con sus manos enrojecidas, no dejaba de imaginar que se pudiese curar a la pobre Nan. Y había olvidado su sueño, cuando una noche en que caía una copiosa nevada y en que se bebía cerveza caliente con tostadas, un viejo vendedor de baladas golpeó a la puerta. Todas las doncellas de granja saltaron a su alrededor, pues llevaba guantes, canciones de amor, cintas, telas de Holanda, ligas, alfileres y cofias de oro.

—Vean la triste historia —dijo— de la mujer del usurero, durante doce meses preñada de veinte sacos de escudos, y presa del deseo muy singular de comer cabezas de víbora revueltas y sapos en carbonada.

Vean la balada del gran pez que alcanzó la costa el decimocuarto día de abril, salió más de cuarenta brazas fuera del agua y vomitó cinco celemines de anillos de casada

enmohecidos por el mar.

Vean la canción de las tres hijas malas del rey y de aquella que volcó un vaso de sangre sobre la barba de su padre.

Y tenía también las aventuras de la reina Mandosiana; pero una borrasca traviesa me arrancó la última hoja de las manos en el recodo del camino.

Lilly reconoció enseguida su sueño, y supo que la reina Mandosiana le ordenaba que acudiese.

Y la misma noche, Lilly abrazó dulcemente a Nan, se puso sus zapatos nuevos y se fue sola por las carreteras. Ahora bien, el viejo vendedor de baladas había desaparecido, y su hoja se había volado tan lejos que Lilly no la pudo encontrar; de manera que no sabía ni qué era la reina Mandosiana ni dónde la debía buscar.

Y nadie le pudo responder, aun cuando les preguntó por el camino a los viejos labradores que la miraban todavía a lo lejos, cubriéndose los ojos con la mano, y a las jóvenes encintas que conversaban indolentemente ante sus puertas, y a los niños que justamente acaban de hablar, para los cuales bajaba las ramas de las moreras por entre los cercos. Unos decían: "Ya no hay reinas"; otros: "No tenemos de eso por aquí; eso fue en los viejos tiempos"; otros: "¿Es ese el nombre de un lindo muchachito?". Y otros malvados condujeron a Lilly ante una de esas casas de los pueblos que están cerradas durante el día, y que, por la noche, se abren y se iluminan, diciendo y asegurando que la reina Mandosiana residía allí, que vestía un camisón rojo y era servida por mujeres desnudas.

Pero Lilly sabía bien que la verdadera reina Mandosiana estaba vestida de verde, no de rojo, y que tendría que pasar por un camino de tres colores. Así reconoció la mentira de los malvados. No obstante, caminó mucho tiempo. Por cierto, pasó el verano de su vida trotando por el polvo blanco, chapoteando en el espeso barro de las zanjas, acompañada por las carretillas de los carreteros, y a veces, al caer la noche, cuando el cielo tenía un espléndido matiz rojo, seguida por los grandes carros en los que se amontonaban gavillas y en los que se balanceaban algunas falsas luciérnagas. Pero nadie supo hablarle de la reina Mandosiana.

A fin de no olvidar un nombre tan difícil, le había hecho tres nudos a su liga. Cierta mediodía, habiendo marchado muy lejos hacia el sol que se alza, entró en un camino amarillo y sinuoso, que bordeaba un canal azul. Y el canal doblaba con el camino y entre los dos un talud verde que seguía sus contornos. Matorrales de arbustos cruzaban de un lado al otro; y tan lejos como el ojo podía alcanzar, no se veían más que ciénagas y la sombra verdosa. En medio de las manchas de las marismas se alzaban pequeñas chozas cónicas y la larga carretera se hundía directamente en las nubes sangrantes del cielo.

Allí encontró a un niño cuyos ojos estaban extrañamente rasgados, y que jalaba a lo largo del canal una pesada barca. Quiso preguntarle si había visto a la reina, pero descubrió con horror que había olvidado el nombre. Entonces clamó, y lloró, y palpó su liga en vano. Y clamó más fuerte, viendo que caminaba por el camino de tres colores, hecho de polvo amarillo, de un canal azul y de un talud verde. Una vez más tocó los tres lazos que había anudado, y sollozó. Y el niño, pensando que ella sufría y sin comprender en absoluto su dolor, recogió en el borde del camino amarillo una pobre hierba, que puso en su mano.

—La mandosiana cura —dijo.

Así es como Lilly encontró a su reina vestida de hojas verdes.

La aferró primorosamente, y volvió de inmediato por el largo camino. Y el viaje de regreso fue más lento que el otro, pues Lilly estaba cansada. Le pareció que caminaba desde hacía años. Pero estaba alegre, sabiendo que curaría a la pobre Nan.

Atravesó el mar, cuyas olas eran monstruosas. Por fin arribó al Devon, guardando la hierba entre su saya y su camisa. Y al principio no reconoció los árboles; y le pareció que todas las reses habían cambiado. Y en el gran salón de la granja, vio a una mujer vieja rodeada de niños. Corriendo, preguntó por Nan. La vieja, sorprendida, observó a Lilly y dijo:

–Pero Nan se ha ido hace mucho tiempo, y se ha casado.

–¿Curada? –preguntó Lilly feliz.

–Curada, por cierto –dijo la vieja–. Y tú, pobre, ¿no eres Lilly?

–Sí –dijo Lilly–; ¿pero entonces qué edad puedo tener?

–Cincuenta años, ¿verdad, abuela? –gritaron los niños–: no es tan vieja como tú.

Y mientras Lilly, cansada, sonreía, el fuerte perfume de la mandosiana la hizo languidecer, y murió bajo el sol. Así Lilly fue a buscar a la reina Mandosiana y esta se la llevó.

III MONELLE

DE SU APARICIÓN

No sé cómo, a través de una lluvia oscura, fui a dar con el extraño puesto que se me apareció en la noche. Ignoro en qué ciudad e ignoro en qué año: la estación, me acuerdo, era lluviosa, muy lluviosa.

Es verdad que por esa misma época los hombres encontraron por las calles niños vagabundos que se rehusaban a crecer. Dos niñas de siete años imploraron de rodillas que su edad no cambiase, y la pubertad parecía ya mortal. Hubo blanquecinas procesiones bajo el cielo lívido, y pequeñas sombras apenas parlantes exhortaban al pueblo pueril.

No deseaban otra cosa que una perpetuada ignorancia. Anhelaban consagrarse a eternos juegos. Desesperaban del trabajo de la vida. Todo era pasado para ellas, nada más.

En esos días lúgubres, bajo esa estación lluviosa, muy lluviosa, divisé las exiguas luces humeantes de la pequeña vendedora de lámparas.

Me acerqué bajo el saledizo, y la lluvia me corrió por la nuca mientras inclinaba la cabeza.

Y le dije:

—¿Qué es lo que vende usted, pequeña vendedora, en esta triste estación de lluvia?

—Lámparas —me respondió—, tan sólo unas lámparas encendidas.

—¿Qué son en realidad —le dije— estas lámparas encendidas, de la altura del dedo meñique, y que arden con una luz minúscula como una cabeza de alfiler?

—Son las lámparas de esta estación tenebrosa —dijo—. Antaño fueron lámparas de muñeca. Pero los niños ya no quieren crecer. Es por eso que les vendo estas lamparitas que iluminan apenas la lluvia oscura.

—¿Y así vive usted —le dije—, pequeña vendedora vestida de negro, y come del dinero que los niños le pagan por sus lámparas?

—Sí —dijo ella simplemente—. Pero gano muy poco. Porque la lluvia siniestra apaga con frecuencia mis lamparitas, en el momento en que las tiendo para darlas. Y cuando están apagadas los niños ya no las quieren. Nadie las puede volver a encender. Sólo me quedan estas.

Y yo sé que no podré encontrar otras. Cuando se hayan vendido, viviremos en la oscuridad de la lluvia.

—¿Entonces es la única luz —continué— de esta estación funesta?; ¿y cómo iluminar, con una lámpara tan pequeña, las empapadas tinieblas?

—A menudo las apaga la lluvia —dijo—, y en los campos, o por las calles, ya no pueden servir de nada. Pero hay que encerrarse. Los niños las resguardan con sus manos y se encierran. Cada uno se encierra con su lámpara y un espejo. Y ella alcanza para mostrarles su imagen en el espejo.

Contemplé por unos instantes las pobres llamas vacilantes.

—¡Ay, pequeña vendedora! —dije—, es una triste luz, y las imágenes de los espejos deben ser imágenes tristes.

—No, no tan tristes —dijo la niña vestida de negro—, no mientras no crezcan. Pero las lamparitas que yo vendo no son eternas. Su llama disminuye, como si se afligieran por la lluvia oscura. Y cuando mis lamparitas se apagan, los niños no ven más el resplandor del espejo, y se desesperan. Porque tienen miedo de no reconocer el

instante en que van a crecer. Es por eso que se escapan gimiendo en la noche. Pero no me está permitido vender más que una sola lámpara a cada niño. Si intentan comprar una segunda, esta se apaga entre sus manos.

Me incliné un poco más hacia la pequeña vendedora, y quise tomar una de sus lámparas.

—¡Oh, no hay que tocarlas! —dijo—. Ha pasado usted la edad en que mis lámparas arden. Están hechas tan sólo para las muñecas o los niños. ¿En su casa no tiene usted una lámpara de persona mayor?

—¡Ay! —dije—, en esta estación lluviosa de lluvia oscura, en este tétrico tiempo ignorado, no arden más que sus lámparas infantiles. Y desearía, yo también, mirar una vez más el resplandor del espejo.

—Venga —dijo—, miraremos juntos.

Por una pequeña escalera apolillada, me condujo a una sencilla pieza de madera en la que había un fragmento de espejo en la pared. —Silencio —dijo—, y yo le mostraré. Porque mi propia lámpara es más clara y más potente que las otras; y no soy demasiado pobre en medio de estas tinieblas de lluvia.

Y alzó su lamparita hacia el espejo. Entonces hubo un pálido reflejo en el que vi circular historias conocidas. Pero la lamparita mentía, mentía, mentía. Vi la pluma que se elevaba sobre los labios de Cordelia; y ella sonreía, y se curaba; y vivía con su viejo padre en una gran jaula como un pájaro, y besaba su barba blanca. Vi a Ofelia jugar sobre el agua vitrea del estanque, y anudar al cuello de Hamlet sus brazos húmedos con guirnaldas de violetas. Vi a Desdémona que erraba despierta bajo los sauces. Vi a la princesa Malena quitar sus dos manos de los ojos del viejo rey, y reír, y bailar. Vi a Melisande, liberada, mirarse en la fuente.

Y grité: lamparita mentirosa...

—¡Silencio! —dijo la pequeña vendedora de lámparas, y me puso su mano sobre los labios—. No se debe decir nada. ¿No es la lluvia bastante oscura?

Entonces bajé la cabeza y salí a la noche lluviosa en la ciudad desconocida.

DE SU VIDA

Yo no sé dónde tomó Monelle mi mano. Pero pienso que fue en una noche de otoño, cuando la lluvia ya es fría.

–Ven a jugar con nosotros –dijo.

Monelle llevaba en su delantal viejas muñecas y volantes cuyas plumas estaban ajadas y las trencillas gastadas.

Su cara era pálida y sus ojos reían.

–Ven a jugar –dijo–. No trabajamos más, jugamos.

Había viento y barro. Los adoquines brillaban. A lo largo de las marquesinas de las tiendas el agua caía gota a gota. Unas niñas tiritaban en el umbral de las tiendas de ultramarinos. Las candelas encendidas parecían rojas.

Pero Monelle sacó de su bolsillo un dado de plomo, un sablecito de estaño y una pelota de goma.

–Es todo para ellos –dijo–. Soy yo la que sale a comprar las provisiones.

–¿Y en qué casa viven, y cuál es su trabajo, su dinero, pequeña...?

–Monelle –dijo la niña apretándome la mano–. Me llaman Monelle. Nuestra casa es una casa en la que se juega: hemos desechado el trabajo, y los centavos que tenemos todavía nos habían sido dados para comprar pasteles. Todos los días voy a buscar niños por la calle, y les hablo de nuestra casa, y los llevo conmigo. Y nos escondemos bien para que no nos encuentren. Las personas mayores nos obligarían a regresar y nos quitarían todo lo que tenemos. Y nosotros lo que queremos es quedarnos juntos y jugar.

–¿Y a qué juegan, pequeña Monelle?

–Jugamos a todo. Los que son grandes se hacen fusiles y pistolas; y los otros juegan con raquetas, saltan a la cuerda, se lanzan la pelota; otros bailan la ronda y se toman de la mano; otros dibujan sobre los vidrios las bonitas imágenes que uno no ve jamás y soplan burbujas de jabón; otros visten a sus muñecas y las llevan a pasear, y contamos con los dedos de los más chiquitos para hacerlos reír.

La casa a la que Monelle me condujo parecía tener ventanas tapiadas. Estaba alejada de la calle, y toda su luz venía de un jardín profundo. Y una vez allí pude oír voces alegres.

Tres niños vinieron a saltar a nuestro alrededor.

–¡Monelle, Monelle! –gritaron–. ¡Ha vuelto Monelle!

Me miraron y murmuraron:

–¡Qué grande es! ¿Jugará, Monelle?

Y la niña les dijo:

–Muy pronto las personas mayores vendrán con nosotros. Se dirigirán a los niños pequeños. Aprenderán a jugar. Nosotros les daremos clase, y en nuestra clase, nunca se trabajará. ¿Tienen hambre?

–Sí, sí, sí –gritaron algunas voces–, hay que hacer la cocinita.

Entonces se trajeron pequeñas mesas redondas, y servilletas del tamaño de hojas de lila, y vasos profundos como dedales, y platos tan hondos como cascara de nuez. La comida fue chocolate y azúcar en migajas; y el vino no podía verterse en los vasos porque las botellitas blancas, del largo del dedo meñique, tenían el cuello demasiado

angosto.

La sala era vieja y alta. Por todas partes ardían minúsculas candelitas de estaño. Contra las paredes, los cristalitos redondos parecían piezas de moneda trocadas en espejos. A las muñecas apenas se las reconocía entre los niños por su inmovilidad. Puesto que permanecían sentadas en sus sillones, o se peinaban, con los brazos en alto, delante de diminutos tocadores, o ya estaban acostadas, con la sábana llevada hasta el mentón, en sus camitas de cobre. Y el suelo estaba cubierto del delicado musgo verde que se pone en los corrales de madera.

Parecía que esa casa fuese una prisión o un hospital. Pero una casa en la que se encerraba a inocentes para impedirles sufrir, un hospital donde se curaba del trabajo de la vida. Y Monelle era la guardiana y la enfermera.

La pequeña Monelle observaba a los niños que jugaban. Pero ella estaba muy pálida. Tal vez tenía hambre.

—¿De qué viven ustedes, Monelle? —le pregunté de repente.

Y ella me respondió simplemente: —No vivimos de nada. No sabemos. Enseguida se puso a reír. Pero estaba muy débil.

Y se sentó al pie de la cama de un niño que estaba enfermo. Le alcanzó una de las botellitas blancas, y se quedó un largo rato inclinada, los labios entreabiertos.

Había niños que bailaban en ronda y que cantaban con voz diáfana. Monelle alzó un poco su mano y dijo:

—¡Escuchen!

Después habló, cariñosamente, con sus exiguas palabras. Dijo:

—Creo que estoy enferma. No se vayan. Jueguen a mi alrededor. Mañana otra irá a buscar lindos juguetes. Yo me quedaré con ustedes. Nos divertiremos sin hacer ruido. ¡Shhh!

Más adelante, jugaremos en las calles y en los campos, y se nos dará de comer en todas las tiendas. Ahora se nos forzaría a vivir como los otros. Es preciso esperar. Para entonces habremos jugado mucho.

Y Monelle dijo:

—Ámenme. Yo los amo a todos.

Después pareció dormirse al lado del niño enfermo.

Todos los otros niños la miraban, adelantando la cabeza.

Se oyó una vocecita trémula que dijo débilmente: "Monelle ha muerto". Y se hizo un enorme silencio.

Los niños trajeron alrededor de la cama las candelitas encendidas. Pensando tal vez que dormía, dispusieron ante ella, como para una muñeca, arbolitos verde claro tallados en punta y los colocaron en medio de las ovejas de madera blanca para mirarla. Después se sentaron y la acecharon. Un poco después, sintiendo que la mejilla de Monelle empezaba a enfriarse, el niño enfermo se puso a llorar.

DE SU FUGA

Hubo un niño que había tenido la costumbre de jugar con Monelle. Fue en los antiguos tiempos, cuando Monelle no había partido todavía. Pasaba todas las horas del día cerca de ella, mirando temblar sus ojos. Ella reía sin causa y él hacía lo mismo. Cuando ella dormía, sus labios entreabiertos se atareaban en palabras amables. Cuando ella despertaba, sonreía, sabiendo que él iba a venir.

No era un verdadero juego el que jugaban: porque Monelle estaba obligada a trabajar. Siendo tan pequeña, pasaba todo el día sentada detrás de una vieja vidriera llena de polvo. El muro de enfrente cegado de cemento, bajo la luz desolada del norte. Pero los deditos de Monelle recorrían el lienzo, como si trotaran por una carretera de tela blanca y los alfileres pinchados sobre sus rodillas indicaran las postas. La mano derecha estaba recogida como una carretilla de carne, y avanzaba, dejando detrás de ella una huella ribeteada; y chirriando, chirriando, la aguja lanzaba su lengua de acero, se hundía y emergía, arrastrando el interminable hilo por su ojo dorado. Y la mano izquierda era linda de ver, porque acariciaba delicadamente la tela nueva, y la aliviaba de todos sus pliegues, como si hubiese arropado silenciosamente a un enfermo entre sábanas frescas.

Así el niño miraba a Monelle y se regocijaba sin hablar, puesto que su trabajo parecía un juego, y ella le decía cosas simples que no tenían demasiado sentido. Ella se reía al sol, ella se reía en la lluvia, ella se reía en la nieve. Le gustaba calentarse, mojarse, estar helada. Si tenía dinero, reía, diciéndose que iría a bailar con un vestido nuevo. Si era menesterosa, reía, diciéndose que comería alubias, una buena provisión para toda una semana. Y pensaba, cada vez que tenía unas monedas, en otros niños a los que haría reír; y esperaba, cuando su diminuta mano estaba vacía, poder ovillarse y cobijarse en su hambre y en su pobreza.

Siempre estaba rodeada de niños que la observaban con los ojos bien grandes. Pero prefería tal vez al niño que venía a pasar junto a ella las horas del día. No obstante partió y lo dejó solo. No le habló jamás de su partida, solamente se volvió más grave, y lo miró por más tiempo. Él también recordó que a ella dejó de gustarle todo lo que la rodeaba: su silloncito, los animales pintados que le llevaban, y todos sus juguetes, y todos sus trapos. Y soñaba con otras cosas, un dedo sobre la boca.

Partió en un anochecer de diciembre, en un momento en que el niño no se encontraba allí. Llevando en su mano su lamparita anhelante, entró, sin volverse atrás, en las tinieblas. Al llegar el niño, divisó en el negro final de la calle estrecha una breve llama que suspiraba. Fue todo. Jamás volvió a ver a Monelle.

Largo tiempo se preguntó por qué había partido sin decir nada. Pensó que ella no había querido estar triste de su tristeza. Llegó a convencerse de que se había encaminado hacia otros niños que tenían necesidad de ella. Con su lamparita agonizante, había ido a llevarles socorro, el socorro de una chispa risueña en la noche. Quizás había discurrido que no debía amarlo demasiado, a él solo, para poder amar también a otros pequeños desconocidos. Tal vez, habiendo la aguja con su ojo de oro arrastrado la carretilla de carne a más no poder, hasta el final de la huella ribeteada, Monelle había llegado a cansarse del camino crudo de tela por el que trotaban sus manos. Sin duda había querido jugar eternamente. Y el niño nada había sabido de la

posibilidad del juego eterno. Tal vez había querido ver, por fin, qué era lo que había detrás de la vieja muralla ciega, cuyos ojos habían sido cerrados, todos, desde hacía años, con el cemento. Tal vez volvería. En lugar de decir: "¡Adiós, espérame, sé juicioso!" para que él vigilara el ruido de los pasitos en el corredor y el tintinear de todas las llaves en las cerraduras, ella se había callado, y vendría, por sorpresa, a sus espaldas, a poner dos manitos tibias sobre sus ojos, ¡oh, sí!, y gritaría: "¡Cucú!" con la voz del pajarito que vuelve a la cercanía del fuego.

Se acordó del primer día en que la vio, pirueteando como una débil blancura resplandeciente toda sacudida por la risa. Y sus ojos eran ojos de agua en los que los pensamientos se movían como sombras de plantas. Ella había aparecido allá, ingenuamente, en el recodo de la calle. Se había reído y sus lentas carcajadas se parecían a la vibración suspendida de las copas de cristal. Fue en el crepúsculo de invierno, y había niebla; aquella tienda estaba abierta; así. La misma noche, las mismas cosas alrededor, el mismo zumbido en los oídos: el año era diferente, y la espera. Él avanzaba con precaución; todas las cosas eran semejantes, como la primera vez; pero la esperaba: ¿no era esa una razón para que ella viniera? Y él tendía su pobre mano abierta a través de la niebla.

Esta vez, Monelle no salió de lo desconocido. Ninguna risita agitó la bruma. Monelle estaba lejos y ya no se acordaba de la noche ni del año. ¿Quién sabe? Por la noche ella se había deslizado tal vez en el cuartito deshabitado y lo acechaba detrás de la puerta con un dulce sobresalto. El niño caminó sin ruido, para sorprenderla. Pero ella ya no estaba ahí. Volvería, ¡oh!, sí, volvería. Los otros niños habían recibido de ella suficiente felicidad. Era su turno, ahora. El niño oyó su voz maliciosa murmurando: "¡Hoy soy juiciosa!". Palabra desaparecida, lejana, desteñida como un antiguo tinte, gastada ya por los ecos del recuerdo.

El niño se sentó, paciente. Ahí estaba el pequeño sillón de mimbre, con la huella de su cuerpo, y el taburete que a ella le gustaba, y el espejito más querido porque estaba roto, y la última blusa que ella había cosido, la blusa "que se llamaba Monelle", tiesa, un poco inflada, esperando a su dueña. Todas las cositas de la habitación la esperaban. El costurero había quedado abierto. El centímetro en su caja redonda alargaba su lengua verde, incrustada de un anillo. En la tela desplegada de los pañuelos se alzaban pequeñas colinas blancas. Las puntas de las agujas se erguían más atrás, como lanzas de un ejército emboscado. El dedalito de hierro calado era un yelmo abandonado. Las tijeras abrían indolentemente las fauces como un dragón de acero. Así dormía todo en la espera. La carretilla de carne, ágil y flexible, no circulaba ya, vertiendo sobre ese mundo encantado su tibio calor. Todo el extraño castillito de labores dormitaba. El niño esperaba. La puerta se iba a abrir suavemente; la chispa risueña revolotearía; las colinas blancas se alisarían; el yelmo hallaría otra vez su cabeza rosada; el dragón de acero haría restallar velozmente sus quijadas, y la carretilla de carne trotaría por todas partes, y la voz desteñida diría otra vez: "¡Hoy soy juiciosa!". ¿No ocurren dos veces los milagros?

DE SU PACIENCIA

Llegué a un sitio estrecho y oscuro pero perfumado de un olor triste de violetas ahogadas. No había manera de evitar este lugar, que es como un largo pasaje. Tanteando a mi alrededor, toqué un pequeño cuerpo encogido como antaño en el sueño, y rocé cabellos, y pasé la mano sobre un rostro que conocía, y me pareció que la carita se fruncía bajo mis dedos, y reconocí que había encontrado a Monelle, que dormía sola en ese sitio oscuro.

Dejé escapar una exclamación de sorpresa, y le dije, viendo que no lloraba ni reía:

–¡Oh, Monelle!, ¿entonces has venido a dormir aquí, lejos de nosotros, como un roedor en el hueco de la zanja?

Y ella agrandó los ojos y entreabrió los labios, como antes, cuando no entendía e imploraba la comprensión de aquel que amaba.

–Oh, Monelle –volví a decir–, todos los niños lloran en la casa vacía, y los juguetes se cubren de polvo, y la lamparita se ha apagado, y todas las risas que estaban por todos los rincones se han marchado, y el mundo ha retornado al trabajo. Pero te pensábamos en otra parte. Pensábamos que jugabas lejos de nosotros, en un lugar al que no podíamos llegar. Y resulta que duermes, como un animalito salvaje, cobijada bajo la nieve que te gustaba por su blancura.

Entonces ella habló, y su voz era la misma, extrañamente, en aquel lugar oscuro, y yo no pude evitar llorar, y ella secó mis lágrimas con sus cabellos, pues estaba muy despojada.

–Oh, querido –dijo–, no hay que llorar; necesitas tus ojos para trabajar, en tanto se viva trabajando, y los tiempos no son venidos. Y no debes continuar en este sitio frío y oscuro.

Entonces sollocé y le dije:

–Oh, Monelle, ¿pero tú les tenías miedo a las tinieblas?

–Ya no les tengo miedo –dijo.

–Oh, Monelle, ¿pero le tenías miedo al frío, como si fuese la mano de un muerto?

–Ya no tengo miedo del frío –dijo.

–Y estás sola aquí, completamente sola, siendo una niña, y solías llorar cuando estabas sola.

–No estoy sola ya –dijo–: porque espero.

–Oh, Monelle, ¿a quién esperas, durmiendo ovillada en este sitio oscuro?

–No lo sé –dijo–; pero espero. Y estoy con mi espera.

Y entonces me di cuenta de que todo su menudo rostro se estiraba hacia alguna gran esperanza. Volvió a decir:

–No hay que quedarse, amado mío, en este sitio frío y oscuro; regresa con los tuyos.

–¿No quieres guiarme y enseñarme para que yo también tenga la paciencia de tu espera, Monelle? ¡Estoy tan solo!

–Oh, amado mío –dijo–, sería incapaz de enseñarte como antes, cuando era, así decías, un animalito; son cosas que seguramente encontrarás tras una reflexión muy larga y laboriosa, así como yo las he visto de una vez mientras dormía.

–¿Estás agazapada aquí, Monelle, sin recordar tu vida pasada, o todavía te acuerdas de nosotros?

–¿Cómo podría, amado, olvidarte? Porque ustedes están en mi espera, contra la cual reposo; pero no puedo explicarlo. ¿Te acuerdas?, me gustaba mucho la tierra, y sacaba de raíz las flores para replantarlas; recuerda, a menudo yo decía: "Si fuese un pajarito, me pondrías en tu bolsillo cuando partieras". Oh, querido, estoy aquí en la tierra buena, como una semilla negra, y espero ser pajarito.

–Oh, Monelle, duermes antes de irte volando muy lejos de nosotros.

–No, mi amado, no sé si me iré volando; porque no sé nada. Pero estoy enroscada en lo que yo amaba, y duermo recostada en mi espera. Y antes de dormirme yo era un animalito, como solías decir, porque me parecía a un gusanillo desnudo. Un día encontramos juntos un capullo muy blanco, muy sedoso, que no tenía ningún orificio. Malo, lo abriste y estaba vacío. ¿Tú crees que el bichito alado no había salido? Nadie sabe cómo. Y había dormido largo tiempo. Y antes de dormir había sido un pequeño gusano desnudo; y los gusanitos son ciegos. Figúrate, amado (no es verdad, pero así es como pienso con frecuencia), que yo he tejido mi capullito con aquello que amaba, la tierra, los juguetes, las flores, los niños, las dulces palabras y tu recuerdo, amado mío; es un nido blanco y sedoso, y no me resulta frío ni oscuro. Pero tal vez no es así para los otros. Y yo sé que no se abrirá, que permanecerá cerrado como el capullo de entonces. Pero ya no estaré allí, mi amado. Pues esperoirme igual que el bichito alado; nadie sabe cómo. Y adonde quiero ir, eso no lo sé; pero es mi espera. Y los niños también, y tú, mi amado, y el día en que ya no se trabajará sobre la tierra son mi espera. Sigo siendo un animalito, amado mío; no me sé explicar mejor.

–Debes salir –dije–, debes salir de este lugar oscuro, Monelle; porque sé que tú no piensas esas cosas, y que te has escondido para llorar; ahora que te he encontrado durmiendo aquí, completamente sola, esperando aquí, ven, deja este sitio estrecho y oscuro.

–No te quedes aquí, ¡oh, amado mío! –dijo Monelle–, porque mucho sufrirás; yo no puedo irme, pues la casa que me he tejido está cerrada por completo, y no es así como saldré.

Entonces Monelle puso sus brazos alrededor de mi cuello, y su beso se pareció, extrañamente, a los de otro tiempo, y es por eso que lloré otra vez, y ella secó mis lágrimas con sus cabellos.

–No hay que llorar –dijo–, si no quieres afligirme en mi espera; y tal vez no esperaré por mucho tiempo. No estés, entonces, desconsolado. Porque yo te bendigo por haberme ayudado en mi hornacina sedosa, cuya mejor seda blanca está hecha de ti, y en la que duermo ahora, ovillada sobre mí misma.

Y como antaño, en su sueño, Monelle se ovilló contra lo invisible y me dijo: "Duermo, mi amado".

Así fue como la encontré; ¿pero cómo iba a estar seguro de volver a encontrarla en ese lugar oscuro y estrecho?

DE SU REINO

Leía yo esa noche, y mi dedo seguía las líneas y las palabras; mi pensamiento estaba en otra parte. A mi alrededor caía una lluvia oscura, oblicua y acerada. Y la llama de mi lámpara alumbraba las cenizas frías de mi hogar. Y mi boca estaba llena de un gusto a deshonra y escándalo; pues el mundo me resultaba oscuro y mis luces se habían extinguido. Y tres veces exclamé:

–Tanta agua cenagosa querría yo para aplacar mi sed de infamia.

¡Oh, estoy con lo escandaloso: extiendan sus dedos hacia mí!

Hay que flagelarlos con barro, porque no quieren despreciarme.

Y los siete vasos llenos de sangre me esperarán sobre la mesa, y el brillo de una corona de oro resplandecerá en medio de ellos.

Pero resonó una voz que no me resultaba ajena, y el rostro de la que apareció no me era desconocido. Y gritaba estas palabras:

–¡Un reino blanco!, ¡un reino blanco! ¡Conozco un reino blanco!

Volví la cabeza y le dije, sin sorpresa:

–Cabecita mentirosa, boquita que miente, ya no hay reyes ni reinos. Yo deseo vanamente un reino rojo: pues el tiempo ya pasó. Y este reino es negro, pero no es ningún reino, ya que una muchedumbre de reyes tenebrosos agita sus brazos en él. Y no hay en ninguna parte del mundo un reino blanco, ni rey blanco alguno.

Pero ella gritó de nuevo estas palabras:

–¡Un reino blanco!, ¡un reino blanco! ¡Yo conozco un reino blanco!

Yo quise aferrarle la mano; pero ella me rehuyó.

–Ni por la tristeza –dijo ella– ni por la violencia. Pero hay un reino blanco. Ven con mis palabras; escucha.

Y se quedó en silencio; y yo me acordé.

–Ni por el recuerdo –dijo–. Ven con mis palabras; escucha.

Y se quedó en silencio; y yo me oí pensar.

–Ni por el pensamiento –dijo– Ven con mis palabras; escucha.

Y se quedó en silencio.

Entonces destruí en mí el recuerdo, y el deseo de mi violencia, y toda mi inteligencia desapareció. Y permanecí en la espera.

–Eso es –dijo–, y verás el reino, pero no sé si entrarás en él. Porque soy difícil de comprender, excepto para aquellos que no comprenden; y soy difícil de aferrar, excepto para aquellos que ya no aferran; y soy difícil de reconocer, excepto para aquellos que no tienen ningún recuerdo. En realidad, ahora me tienes, y ya no me tienes. Escucha.

Entonces escuché en mi espera.

Pero no oí nada. Y ella sacudió la cabeza y me dijo:

–Lamentas tu violencia y tu recuerdo, y la destrucción no está terminada. Hay que destruir para obtener el reino blanco. Confiésate y serás liberado; pon entre mis manos tu violencia y tu recuerdo, y yo los destruiré; porque toda confesión es destrucción.

Y yo exclamé:

–Te lo daré todo, sí, te lo daré todo. Tú te lo llevarás y lo exterminarás, pues yo ya no soy lo bastante fuerte.

He deseado un reino rojo. Había reyes sangrientos que afilaban su hoja. Mujeres de ojos renegridos lloraban a bordo de juncos cargados de opio. Algunos piratas

enterraban en la arena de las islas arcones pesados de lingotes. Todas las prostitutas eran libres. Los saqueadores cruzaban las carreteras bajo la aurora pálida. Numerosas muchachas se atiborraban de glotonería y lujuria. Una hueste de embalsamadoras doraba cadáveres en la noche azul. Los niños ansiaban amores distantes y crímenes desconocidos. Cuerpos desnudos cubrían las baldosas de los baños turcos calientes. Todas las cosas estaban untadas de especias ardientes e iluminadas por cirios rojos. Pero este reino se hundió bajo la tierra, y me desperté en mitad de las tinieblas.

Tuve entonces un reino negro que no es un reino: porque está lleno de reyes que se creen reyes y que lo obscurecen con sus obras y con sus órdenes. Y una lluvia umbrosa lo empapa noche y día. Y largo tiempo erré por los caminos, hasta el diminuto resplandor de una trémula lámpara que se me apareció en el centro de la noche. Aquella que la sostenía recibía el nombre de Monelle, y los dos jugamos en ese reino negro. Pero una noche la lamparita se apagó y Monelle se fue. Y yo la busqué largo tiempo a través de esas tinieblas: pero no pude encontrarla. Y esta noche la he buscado en los libros; pero la busco en vano. Y estoy perdido en el reino negro; y no puedo olvidar el pequeño resplandor de Monelle. Y en la boca tengo un gusto de infamia.

Y tan pronto como hablé, sentí que la destrucción se había obrado en mí, y mi espera se alumbró con un temblor y oí la voz de las tinieblas que decía:

—Olvida todas las cosas, y todas las cosas te serán entregadas. Tal es la palabra nueva. Imita al perro recién nacido, cuyos ojos no se han abierto y que a tientas busca un resguardo para su morro frío.

Y la que me hablaba gritó:

—¡Un reino blanco!, ¡un reino blanco! ¡Yo conozco un reino blanco!

Y el olvido penetró en mí y el lugar de mi inteligencia se hizo profundamente cándido.

Y la que me hablaba gritó otra vez: —¡Un reino blanco!, ¡un reino blanco! ¡Conozco un reino blanco! Esta es la llave del reino: en el reino rojo está un reino negro; en el reino negro está un reino blanco; en el reino blanco...

—¡Monelle! —grité—, ¡Monelle! ¡En el reino blanco está Monelle!

Entonces pregunté:

—¿Y dónde está la llave del reino?

Pero la que me hablaba se tornó taciturna.

DE SU RESURRECCIÓN

Louvette me condujo por una zanja verde hasta el lindero del campo. Más allá la tierra se alzaba, y una línea oscura cortaba el cielo en el horizonte. Ya las nubes en llamas se inclinaban hacia el poniente. En el resplandor incierto del atardecer, distinguí pequeñas sombras errantes.

–En un momento –dijo ella– veremos encenderse el fuego. Y mañana estará más lejos. Pues no permanecen en ninguna parte. Y en cada lugar no encienden más que un solo fuego.

–¿Quiénes son? –pregunté a Louvette.

–No se sabe. Son niños vestidos de blanco. Hay algunos que han venido de nuestras aldeas. Otros caminan desde hace mucho tiempo.

Vimos refulgir una llama diminuta que bailaba en la altura.

–Allí está su fuego –dijo Louvette–. Ahora los podremos encontrar. Pasan la noche allí donde han encendido su hoguera, y al día siguiente abandonan la comarca.

Y cuando llegamos a la cresta en la que la llama ardía, distinguimos muchos niños blancos alrededor del fuego.

Y en medio de ellos la reconocí. Parecía hablarles y guiarlos: la pequeña vendedora de lámparas que una vez encontré en la ciudad negra y lluviosa.

Ella se levantó de entre los niños y me dijo:

–No vendo más las lamparitas mentirosas que se apagaban bajo la lluvia lúgubre.

Porque el tiempo ha venido en que la mentira ha tomado el lugar de la verdad, en que el mísero trabajo ha perecido.

Hemos jugado en la casa de Monelle; pero las lámparas eran juguetes y la casa un hospicio.

Monelle está muerta; soy la misma Monelle y me he alzado en la noche, y los pequeños vinieron conmigo, e iremos por el mundo.

Se dirigió a Louvette:

–Ven con nosotros –dijo– y sé dichosa en la mentira.

Y Louvette corrió en medio de los niños y también se la vistió de blanco.

–Vamos –continuó la que nos guiaba–, y a todo aquel que viene a nosotros le mentimos para darle alegría.

Nuestros juguetes eran mentiras, y ahora las cosas son nuestros juguetes.

Con nosotros, nadie sufre y nadie muere: decimos que aquellos se esmeran en conocer la triste verdad, la cual no existe en absoluto. Aquellos que quieren conocer la verdad se alejan de nosotros y nos abandonan.

Nosotros, al contrario, no tenemos ninguna fe en las verdades del mundo; ellas conducen a la tristeza.

Y nosotros queremos llevar a nuestros niños a la alegría.

Ahora las personas mayores podrán venir hacia nosotros, y nosotros les enseñaremos la ignorancia y la ilusión.

Les mostraremos las pequeñas flores del campo, como no han visto ninguna: pues todas son nuevas.

Y nos sorprenderemos de cada país que veamos: pues todo país es nuevo.

No existe ningún parecido en este mundo, y para nosotros no hay ningún recuerdo.

Todo cambia incesantemente, nos hemos acostumbrado al cambio.

Es por eso que cada noche alumbramos un fuego en un lugar distinto; y para el placer del momento inventamos alrededor del fuego historias de pigmeos y de muñecas vivientes.

Y cuando la llama se ha extinguido, nos atrapa otra mentira, y somos felices de que nos sorprenda.

Por la mañana no conocemos más nuestros rostros: tal vez algunos han deseado descubrir la verdad y los otros no se acuerdan más que de la mentira de la noche.

De ese modo atravesamos las comarcas, y las multitudes vienen a nosotros, y aquellos que nos siguen se tornan felices.

Cuando vivíamos en la ciudad, se nos obligaba al mismo trabajo, y amábamos a las mismas personas; y el mismo trabajo nos cansaba, y nos desolaba ver sufrir y morir a las personas que amábamos.

Y nuestro error era detenernos así en la vida, y, al permanecer inmóviles, mirar pasar todas las cosas, o intentar detener la vida y edificarnos una morada eterna en medio de las ruinas flotantes.

Pero las lamparitas mentirosas nos han despejado el camino de la felicidad.

Los hombres buscan su dicha en el recuerdo, y resisten a la existencia, y se enorgullecen de la verdad del mundo, que ya no es verdadera, habiendo devenido verdad.

Se afligen de la muerte, que sin embargo no es más que la imagen de su ciencia y de sus leyes inmutables; se afligen de haber elegido mal en el porvenir que han calculado según verdades pasadas, en las cuales eligen de acuerdo con deseos pasados.

Para nosotros todo deseo es nuevo y no deseamos otra cosa que el momento engañoso; todo recuerdo es verdadero, y nosotros hemos renunciado a conocer la verdad.

Vemos el trabajo como algo funesto, porque detiene nuestra vida y la torna similar a sí misma.

Y toda costumbre nos resulta perniciosa; porque nos impide ofrecernos enteramente a las mentiras nuevas.

Así habló aquella que nos guiaba.

Le supliqué a Louvette que viniese conmigo de regreso a la casa de sus padres; pero pude ver en sus ojos que ella ya no me reconocía.

Viví toda la noche en un universo de sueños y de mentiras e intenté aprender la ignorancia y la ilusión y el asombro del niño recién nacido.

Más tarde las pequeñas llamas danzantes se abatieron.

Entonces, en la noche triste, distinguí unos niños cándidos que lloraban, no habiendo perdido todavía la memoria.

De otros se apoderó repentinamente el trabajo, y cortaban espigas con las que componían atados en la sombra.

Y otros, habiendo querido conocer la verdad, volvieron sus caritas pálidas hacia las cenizas frías, y murieron entre escalofríos, cubiertos con sus vestidos blancos.

Cuando el cielo rosa se dilató, aquella que nos guiaba se puso de pie y no se acordó

de nosotros, ni de aquellos que habían querido conocer la verdad; cuando se puso en marcha muchos niños blancos la siguieron.

Y su tropel era festivo y se reían dulcemente de todas las cosas.

Y cuando la noche cayó, erigieron de nuevo su fuego de paja.

Y de nuevo las llamas descendieron, y hacia la mitad de la noche las cenizas se habían enfriado.

Entonces Louvette se acordó, y prefirió amar y sufrir; se acercó a mí con su pálido vestido, y nos escapamos los dos a través de los campos.

Índice

Prólogo	
<i>Evangelio de inocencia y piedad.....</i>	<i>3</i>
El libro de Monelle	
I. Palabras de Monelle	7
II. Las hermanas de Monelle	14
La egoísta.....	15
La voluptuosa	18
La perversa.....	20
La decepcionada.....	23
La salvaje.....	26
La fiel.....	28
La predestinada.....	30
La soñadora.....	32
La complacida.....	34
La insensible.....	36
La sacrificada.....	38
III. Monelle	41
De su aparición.....	42
De su vida	44
De su fuga.....	46
De su paciencia.....	48
De su reino	50
De su resurrección	52

Clásicos de Siempre / Relatos y Novelas

*Una noche de plenilunio, la soñadora
se levantó como una asesina y tomó
un martillo. Rompió furiosamente
seis ánforas; el sudor de la angustia
corría por su frente. Los vasos
crujieron y se abrieron: estaban vacíos.*

-Marcel Schwob (1867-1905)

En El libro de Monelle –una suerte de evangelio de inocencia y de piedad al mismo tiempo que manifiesto de un nihilismo absoluto- Marcel Schwob combina cuentos, aforismos y poemas en prosa. En la niña protagonista de esta obra –de la que Jorge Luis Borges se declaró admirador– el autor refleja criaturas de una pálida y efímera luz que no responden a un estereotipo de inocencia absoluta, y se mueven en medio de las tinieblas de un mundo adulto: laborioso, abusivo, abyecto. Puede conjeturarse que no debieron de faltarle a Schwob los modelos vivos que le suministraba la Francia de su propia época, finales del siglo XIX.